



ARIEL

Quincenario antológico de Letras
Artes, Ciencias y Misceláneas.

Director: FROYLAN TURCIOS.

Apartado 1622. Teléfono 2138.

SERIE XL.

San José de Costa Rica, América Central, 15 de julio de 1942.

NÚM. 118.

SUMARIO:

I. Taco, *Dolores*.—II. El evangelio del minuto, *N. Viera Altamirano*.—III. Divina libertad, *José Enrique Rodó*.—IV. Un suicida, Hora intical, Tirano amor, *Froylán Turcios*.—V. Las doncellas de Dacapour, *Amorou*.—VI. El arte de pensar, *Moises Vincenzi*.—VII. Idilio triste, *J. A. Domínguez*.—VIII. Lo vivo es como nosotros la hacemos, *Waldo Pondray Warren*.—IX. El grillo, *Manuel F. Rugeles*.—X. Madre de luna y sol, *Rafael Heliodoro Valle*.—XI. El fin de la emperatriz Carlota, *Armand Praviel*.—XII. Morazán, *Lorenzo Montúfar*.—XIII. Hemos retrocedido en nuestro camino, *Dr. E. Lick*.—XIV. Junio, La oración de la maestra, *Leticia Rivera*.—XV. Lectura para médicos. —XVI. Las vírgenes en el crepúsculo, *Albert Samain*.—XVII. Con Cansinos Assens, *Alberto Guillén*.—XVIII. La sangrienta historia de la alquimia, *Edmundo González-Blanco*.—XIX. San Francisco y la Naturaleza, *J Jorgensen*.—XX. El durazno en el patio, *Humberto*

Hernández Cobos.—XXI. Fragmento de un discurso de Antonio Gómez Restrepo. —XXII. Cartas de Porfirio Barba Jacob. —XXIII. Tedio, *Hilda Chen Apy*. —XXIV. ¿Qué es la Poesía?, *Rubén Darío*. —XXV. Niños intrépidos, *Ricardo Fernández Guardia*. —XXVI. Una hora, *Myriam Francis*. —XXVII. La primera noche de bodas de Byron. —XXVIII. Morazán, *William W. Wells*. —XXIX. Beethoven, director de orquesta. —XXX. El suegro de Alfredo de Vigny, *Anatole France*. —XXXI. El camino de la fortuna, *Carnegie*. —XXXII. Partículas de oro. —XXXIII. La elocuencia religiosa en el reinado de Luis XIV, *Paul Van Thieghem*. —XXXIV. Morazán y los localistas guatemaltecos, *Ramón A. Salazar*. —XXXV. Un esbozo y un preámbulo, *Salvador Díaz Mirón*. —XXXVI. Lorenzo Montúfar, *Adolfo Pérez Méndez*. —XXXVII. El dolor de Dantón, *F. Britter Austin*.

LA COLABORACIÓN DE ARIEL SERA SOLICITADA

TACO

Si él sabía cuál es su nombre, lo había olvidado, sin duda, de tanto oírse llamar Taco. Taco para los extraños y para los conocidos. Nadie tiene la ocurrencia de pensar en otro nombre.

Mal hablado es el fulano Taco; echador de ajo y cebolla y de todo condimento picante y el complemento de su atrevido lenguaje es la mueca de su boca desdentada o bien el guiño de sus asiáticos ojos cuya chispa desearía más de un muchacho.

—¿Cómo le va yendo, Juan?

—No, no, ¡qué Juan ni qué albarda! Taco es como me conocen.

—Pues como a mí no me gustan esos apodosos de ustedes, yo lo voy a llamar Juan.

—¡Ah! Eso es gusto de *caduno*; yo, vea *usté*; voy a *decile*; me gusta encontrar oficio *onde* me den la comida, porque no tengo mujer que me asista ni me *j*.

(Bien entendido de que él está a mil leguas del irrespeto; simplemente que no conoce otro lenguaje y lo mismo habla con el *compañero* de pala que con el cura o con una señora).

—Pues como le iba explicando, yo vivo solo *ende* que me dividí de la segunda mujer. Hombre, es muy grande la vaina que he *dibitao*. Yo pago a lavar mi ropa, lo que gana me lo como, duermo mi noche tranquilo y estoy siempre fresco y listo *pa* coger cualquier oficio. A

mí no me asusta *naide* con ir a voltear montaña ni con alistar la tierra *pa* la siembra ni con *nadita* que sea oficio de hombre; que *c*, a todo lo que *usté* mande. Si hay que ir alzando la leña, yo no sé *onde* es que han *volteao* pero le pongo el *ofato* y yo llego, que *c*. Este machete y esta hacha son los que me jalan plata y vivo muy contentico; no hacen falta esas *j*. Adiós, hombre *¿pa onde* lleva esa mujer tan bonita?—Vamos a mercar ropita para las criaturas.—Ay, Dios, yo si tengo buena suerte de *topame* con ustedes porque hay que hablar la *verdá*; yo, las mujeres bonitas, así como ésta por caso, es mucho lo que me alegran la vista y el corazón.—Ay qué Taco más *j*, digo yo *mesmo* aunque *usté* todo lo compone a risa. ¡Ay Jesús *sacramentao*, si *palgo* nos hizo Dios! Bueno, bueno, ya se van; *¿pero* cuál es la *precisa*? Por cierto que si ahora suena la frijolera no *loigo*. Qué asadura ni qué albarda cuando está aquí atravesada una *j*. mujer como esa que Dios le ha *dao*. Ay, hombre, pórtese bien, es Taco quien lo aconseja. Adiós, que vuelvan pronto. No, no, no, ¡miren qué andares y qué Ave María gracia plena! Taco, Taco, *andate* listo que ya te han *taquiado* en dos veces, pero uno no cría *isperencia*, Taco hasta el último día.

—Pues si, Juan, como le dije, el trabajo que tenemos es bastante... *¿Cómo* le dijera yo?

—Sin duda que bien *j*, pero *¿y usté* no está viendo que el viejo *toavía* le aguanta a cual-

quiera? Mejor dicho, el viejo está macizote.

—Sí, sí, por supuesto Juan, yo sé que usted hace más que muchos mozos.

—Pues lo que le voy diciendo y no es tampoco que yo raje hasta sin cabecera, como dice el *deslenguao* de Valeriano Colocho; no, señora, es que a Taco no es cualquiera el que le aguanta. Yo tengo setenticuatro pero qué ajo, qué albarda, si yo tengo sangre *dindío* y ninguno *destos* micos con el pelillo *engomao* y camisilla de seda, que no saben mascar breva y *gielen* a *pulsianilla*, ninguno *dellos* es hombre *pa metele* calle a Taco. Así es que en eso quedamos; yo traigo pala y machete *pa* todo lo que *usté* mande y hasta el lunes si Dios quiere— que se haga su *voluntá*.

Dolores.

Costa Rica, julio de 1942.

Frijolera.—La llamada a conter.

Pulsiana.—Despreciativo término con que los viejos designan a la mujerzuela perdida.

Meter calle un peón al otro es dejarlo atrás en el trabajo.

Dibitao.—Evitado.

EL EVANGELIO DEL MINUTO

Crear que en nuestro tiempo la verdad va a lomo de camello por arenas profundas, es una señal de atraso en la observación de la vida. La circulación de las ideas ahora es el hecho más tremendamente evidente. Entre la velocidad de la circulación de las ideas de hoy y hace un siglo, hay más distancia que entre la época de Aristóteles y la invención de la imprenta. Sucede que la verdad es el tesoro que más duele tener escondido. Quien descubre una idea, un procedimiento, una luz, se va en seguida a sus semejantes a dar la buena nueva. Ni Prometeo pudo esconder su arte excelso de llamar al fuego ni el Bautista se quedó con la tremenda sospecha, perdido en el desierto. Es esta la excelsa indiscreción de los grandes espíritus, y es que la verdad es como las visiones, como los sueños, como los delirios: no pueden callarse sin romper las paredes de la mente, sin quemar el alma misma, sin desbordarse como una fuente.

N. Viera Altamirano.

DIVINA LIBERTAD

¡Culto del verso por el verso! ¡Adoración estéril de la forma!—siento clamar, condensándose, las voces de reprobación y de desvío que

he oído levantarse al paso de este libro nuevo.—¿Dónde está la palabra que nos adoctrine en nuestras dudas, que nos consuele en nuestras penas, que nos estimule con sus esperanzas, en esta poesía de contornos perfectos, que sólo deja en nuestros labios, ansiosos del licor refrigerante, el contacto glacial del vaso cincelado y vacío? El poeta, abanderado de nuestras luchas, pertenece a la idea, pertenece a la acción, y la poesía que merece los triunfos y la gloria es aquella que aspira a representar, algún día, en la vida de las sociedades humanas, una fuerza fecunda, una fuerza civilizadora.—Yo, que he participado y aun participo de esta fe en el sublime magisterio de la palabra de los poetas, creo, antes que en ninguna otra cosa, en la libertad, que Heine proclamó irresponsable de su genio y de su inspiración. Cuando veo que se les exige, con amenazas de destierro, interesarse en lo que llama la Escritura *las disputas de los hombres*, recuerdo a Schiller narrando la historia de *Pegaso bajo el yugo*. El generoso alazán, vendido por el poeta indigente, es uncido por groseras y mercenarias manos a las faenas rústicas, símbolo de la inmediata utilidad y del orden prosaico de la vida. El se revuelve primero para sacudir el yugo que desconoce, y desmaya después de humillación y de dolor. En vano se fatigan sus amos: le desuncen, convencidos de la inutilidad de domeñarle, y le arrojan con desprecio como cosa inútil. Pero el antiguo dueño, que vaga triste como él, lo encuentra un día en su camino; sube, lleno de júbilo, entre sus alas desmayadas, y entonces un estremecimiento nervioso hace hervir el pecho del corcel rebelde a la labor; se despliegan sus alas, sus pupilas flamean, y tiende el vuelo hacia la altura con el soberbio brío, con la infinita libertad de la inspiración levantada sobre las cosas de la tierra.

¡Hermoso símbolo de la soberana independencia del arte! Comprendiéndolo en su sentido profundo, dejemos al corcel alado la voluntariedad de sus vuelos, a la poesía la fuerza de su libertad, y seamos siempre gratos al beneficio de sus dones divinos, ya se nos aparezca, como deidad armada y luminosa en nuestras luchas, ya se retraiga en la dulce intimidad del sentimiento; ya extinga en sí la llama de la vida, como adurmiéndose sobre lecho de mármol, y deje sólo en nuestro espíritu la *caricia helada* de la forma.

José Enrique Rodó.

Páginas inéditas

UN SUICIDA

Celso era un muchacho de diez y ocho años, de Yuscarán, que yo tuve a mi servicio en 1918 y parte del 19. Era moreno, grueso, de regular estatura. Por las mañanas mandábele a comprar un ramo de rosas a La Leona, que iba en seguida a entregar en mi nombre a una bella joven que vivía en el segundo piso de la casa de don Santos Soto, frente al Parque Morazán.

Cierto día se negó a llevar aquel ramo.

— Cuando me ven aparecer con él me gritan en las calles: ¡Maricón! ¡Allá viene el maricón!

— Pero, hombre, no seas tonto. ¿Para qué quieres esos fuertes puños? Dale una pateada al que más te moleste y ya los verás callados a todos. Por lo demás ¿qué tienen que ver los maricones con las flores? Si no quieres llevarlas buscaré a otro y te quedarás sin empleo.

Creo que se atuvo a mi consejo, pues no volvió a protestar.

Para que ganase un poco más hice que el administrador de *El Nuevo Tiempo* le diera una plaza de cobrador de recibos.

Meses después me comunicó que Celso se había tomado una considerable cantidad.

Le llamé en el acto.

— Si no devuelves inmediatamente el dinero que te has cogido te entregaré a la policía.

Me aseguró que se le habían extraviado los recibos correspondientes a aquella suma y que él era incapaz de tomar un centavo ajeno.

Entonces solicité por teléfono el envío de dos agentes para conducir a un ladrón.

Se desconcertó al oírme, moviéndose de un lado para otro y mesándose los cabellos.

— Se lo ruego, don Froylán, no me avergüence. ¡Le juro que me mataré si me llevan a la Policía!

I fué a sentarse en el suelo, como un perro cansado, en un extremo del cuarto.

Yo tenía la completa certidumbre de que se apropió del dinero, pero sentí vibrar la verdad en sus palabras y no quise exponerme a cargar con aquel oscuro recuerdo.

Llegaron los agentes y me excusé manifestándoles que ya se había aclarado el asunto que me obligó a llamarlos.

— Ahora te vas y no quiero en adelante saber nada de ti.

Diez años más tarde llegó a mis manos en París una revista hondureña, en la que aparecía un retrato de Celso, con el texto en que

se explicaba que aquel joven era un cobrador de un diario de Tegucigalpa, que habiendo tenido un alcance de varios centenares de pesos, fué capturado por la Policía, suicidándose momentos después.

Froylán Turcios.

ARIEL

Aparecerá cada quince días en cuadernos de 32 páginas.

La serie de 3 números vale... ₡ 1.50

Número del día..... 0.60

Número atrasado..... 0.70

En Honduras y demás países de Centro América y en el exterior la serie de 3 números vale treinticinco centavos oro o su equivalente en moneda nacional.

DON JUAN

Viajero amable y nochariego, hijo del siglo en que vivimos eres inútil, caprichoso, superficial y encantador y allá en las locas trasmochadas, tu vida ardiente nos parece una guitarra zandanguera que nos despierta el buen humor...

Don Juan Tenorio modernista, amas el flirt y el automóvil, te vuelves loco por la esgrima y te fastidia el ajedrez y en los salones abres calle de admiraciones susurrantes con tus corbatas caprichosas y tus mentiras de mujer.

Vives la vida apasionada de la farándula viajera, dejando pueblos y amos entre las brumas de tu ayer y aunque perforas corazones, melancolías y horizontes, siempre te queda una pregunta, una inquietud, un no se qué.

Don Juan Tenorio modernísimo, por él cordaje de tus nervios haces pasar la sinfonía de tu alegría pasional y con palabras luminosas a las mujeres españolas perversamente las arrastras hasta la escena del sofá...

Has aspirado la fragancia de nuestra América. Conoces este milagro de los Andes y Lima austera y colonial, y allá en las noches de la Habana entre licores y tabacos tuviste serias aventuras con la morena Trinidad.

Pero no tengas pretensiones de ser un gran cosmopolita, tienes la sangre madrileña y el corazón hecho de sol... Tu charla evoca una fragancia de romerías y verbenas y tiene luces de navaja, de pandereta y de mantón...

Eres España que camina. Eres Madrid que se divierte. Pepe el tranquilo te acompaña. La macarena habla de ti, pues por tus labios las manolas dicen recuerdos españoles y entre tus manos hay saludos de los mantones de Madrid...

Eres España dominante que otra vez viene a Sud América: te traen rutas de conquista y ventoleras de ambición. Buscas la ráfaga del éxito para tus fiebres de latino y antes que todo amas la gloria puesto que tú eres español.

Daniel de la Vega.

LAS DONCELLAS DE DACAPOUR

Son blancas como la nieve de sus montañas, y sus ojos azules recuerdan los ventisqueros de Kara Koroum. Los días de fiesta, cuando descienden a la ciudad, diríase que comienza a nevar de pronto sobre los senderos.

Amorou.

José Luis Pujol

Abogado & Notario Público.

Casilla de Correo 1722.

Bufete: Ave. 4ª, Calles 1/3.

San José, Costa Rica, A. C.

EL ARTE DE PENSAR

Para Hegel la intuición es un instrumento inferior al concepto: se aprehende con ella una forma o categoría inferior de la realidad. En el sistema bergsonian, en cambio, es un acto casi místico de la mayor trascendencia. Nos conduce a la catharsis de Aristóteles; a la séptima morada del bien supremo. Pero, ¿no supeditaba Schopenhauer a la voluntad, secreta entelequia de lo animado y lo inanimado, el poder de la conciencia y del pensamiento? ¿No era mayor para él, el deseo que la idea? ¿No creaba esta voluntad del cerebro mismo?

Extremos todos del complejo fenómeno que, en nuestra opinión, y más allá de la psicología retardataria de la época, constituye el hecho en masa de pensar. El arte de hacerlo no se satisface con una simple idea o un conjunto más o menos plano de ideas intelectualistas. Requiere la idea—volumen, plena del deseo vital de un fin; y de la temblorosa sangre de la pasionalidad y el sentimiento. Reclama lo dimensional desbordado: la teoría llena de tendones y músculos, en el trance dramático del acto. Por ello el general completa su pensamiento en los campos de batalla; el poeta, en el dolor de la vida real; el pintor, en el lienzo, después de haber sufrido el contacto de la naturaleza y los hombres; el músico al llorar el fracaso y el hambre... Las ideas de génesis clásica no son más que simples proyectos de las otras; de las vivas y palpitantes que ruedan por el mundo, al mo-

do de luminosas esferas; y estallan entre la multitud para alumbrarla y encenderla. Pensar de esta suerte equivale a actuar con una profunda conciencia de hacerlo, pisando, instante por instante, las huellas de la victoria, con pie robusto y ligero. Algo hay de mastodonte y de ave en la carrera del pensador que soñamos; mucho de labrador y de ángel, de contemplador y de héroe.

El arte de pensar no es otro que el de decidir a nuestras enteras posibilidades, a manifestarse, plenamente, a cada hora que pasa. Pensar de otra manera, no es más que enflaquecer el espíritu con vicios inconfesables. El hombre-bloque detesta realizarlo, por encontrar afeminado y cobarde al plano de los tiempos antiguos.

Moisés Vincenzi.

Poesías inéditas

IDILIO TRISTE

Era una tarde de primavera cuando llevaron al hospital, en una humilde tosca litera, a una muy dulce niña hechicera ha tiempo herida de horrible mal.

Pálida joven que se moría como un enfermo lirio en botón; porque la tisis la consumía y al sólo verla se presentía su fin cercano sin remisión.

La humana ciencia desesperaba sin ocultarse su ineptitud; mientras la enferma que se agravaba, buena y alegre ya se soñaba entre aire y flores y cielo azul.

Cuando algún rayo del sol brillante llegaba a ella por el balcón, su débil brazo de agonizante hacia él tendía cual si anhelante fuera a estrecharlo su corazón.

Cuál sonreíase en su tristeza y cuál fljaba con ansiedad sus negros ojos de gran belleza sobre el semblante del que en su pieza hacia su lecho miraba entrar.

Que se encontraba buena creía; sólo sin fuerzas: ¿qué candidez! Y su delgada mano tan fría que casi exangüe me parecía, abandonaba con languidez.

De medicina era yo interno
y a mis cuidados se la confié.
Pobre flor bella de cáliz tierno
que con sus soplos hirió el invierno,
yo contemplaba su destrucción.

¡Oh, cuántas horas pasé junto a ella!
Yo la llevaba no sé por qué,
ramos de flores que a la doncella
gritar hacían quejosa y bella
con inocente dulce placer.

Y aunque era impía su negra suerte
y estaba escrito su triste fin,
yo a lo imposible me alzaba fuerte
y combatía contra la muerte
por disputarle flor tan gentil.

Por distraerla, lo cual lograra,
de amables cosas solía hablar:
de cuando ella se levantara
y a su casita por fin tornara
junto a su hermano y a su mamá.

¡Cuál se alegraran de verla buena
bajo los claros del cielo azul
aun los vecinos! ¡Que dulce escena!
El perro, el gato; la casa llena
de alegres risas, de aroma y luz.

Y yo que entonces también iría
a visitarles de cuando en vez;
y ella que nunca me olvidaría
flores y frutas me obsequiaría
del huertecito que de ella es.

Mis narraciones entrecortaba
algunas veces terrible tos;
y su cabeza yo acomodaba
sobre cojines y ella me daba
gracias muy llenas de honda emoción.

Me sonreía con gran dulzura;
y así sonriendo clavaba en mí
sus ojos húmedos por la ternura
cual si quisiesen ¡pobre criatura!
cosas divinas tal vez decir.

La confianza que me hizo un día
nunca la olvido ni olvidaré:
¡ella, la enferma ¡ay! todavía
era tan joven para querer!

Y cuando estaba mala en exceso
sintió una extraña triste inquietud

porque soñara ¡qué amargo es eso!
que moriría sin que ni un beso
de alguien que amase sintiera aún.

Y me estrechaba su mano leve,
su aliento cerca sintiendo ya;
y tras de ansioso silencio breve,
de esos que nadie romper se atreve,
me alejé de ella con rudo afán.

Después un día su cabellera
de rubias ondas miraba yo:
¡que marco de oro tan propio era
de su faz blanca como la cera,
digna, por triste de adoración!

Y por tal magia yo conmovido,
me fui de pronto para el jardín:
que algo sonaba quizá en mi oído,
y dentro el pecho tenaz batido
extrañamente me hacía sufrir.

De amenas flores que eran su encanto
un ramillete luego formé;
y silencioso volví entre tanto,
sin darme cuenta que acerbo llanto
se resbalaba sobre mi tez.

Pensé en el beso con que soñara
la pobre enferma con inquietud.
Oh, si aquel beso la reanimara!
¡Si lo imposible con él lograra
que halló en la ciencia la ineptitud!

Corrí a la cama de la enfermita;
pero invadióme frío glacial;
porque su pecho ya no palpita;
huyó a los Cielos la luz bendita
de su alma tierna y angelical.

Pobre avecilla, remontó el vuelo
sin que pudiera de su alma—flor
ver realizado tan grato anhelo:
el más hermoso feliz consuelo
que endulzaría su cruel dolor.

En su mejilla pálida, yerta,
huella de lágrimas contemplé;
y entre su mano que estaba abierta
puse mis flores y hacia la puerta
para marcharme me adelanté.

Pero al volverme cuando salía
sus mustios labios ví sonreír,
y entre sus ojos, vidriosa y fría,
su gran mirada que parecía
intensamente clavada en mí.

Viéndome a solas en ese instante
extraño impulso me acometió:
llegué a la muerta niña elegante

**Todos los textos de ARIEL han sido
escritos, seleccionados o extractados
por su Director.**

y el beso ansiado, beso de amante
con toda el alma díselo yo!"

Tal es la historia que me contara
un buen amigo, difunto ya.
¿Verdad que es triste? ¿Verdad que es rara?
Yo que la escribo no la inventara;
ni yo la puedo nunca olvidar.

J. A. Domínguez.
(Hondureño).

Agosto de 1902.

BANCO DE HONDURAS
Tegucigalpa, Honduras, C. A.
Fundado el 1º de octubre de 1889.
Casa principal: TEGUCIGALPA.
Sucursal: SAN PEDRO SULA.
Capital autorizado L 1.000.000.00.
Capital pagado y reservas L 1.300.000.00.
Hace toda clase de operaciones bancarias, trasla-
dos a las principales plazas de Honduras y del exter-
rior; abre cuentas corrientes con garantía satisfacto-
ria; acepta depósitos a la vista y a plazos; custodia
valores y documentos públicos y se encarga de
cobros por cuenta ajena.
Cuentas de ahorro al 4% anual.

LA VIDA ES COMO NOSOTROS LA HACEMOS

Así, pues, vivid lo más intensamente posi-
ble.—Amad el trabajo porque es útil al
género humano y porque lo mejor que hay
en vosotros debe traducirse en hechos, so
pena de perderlo para vosotros mismos
y para los demás.—La vida es actividad.
—Escribid con grandes caracteres, en el
fondo de vuestro espíritu, las palabras: *Pro-
pósito, Verdad, Exactitud.*—Amad la vida, si
no por lo que es al presente, por lo que ma-
ñana pueda ser para vosotros.—Vivid para el
bien común.—Aspirad a lo más perfecto en to-
dos los órdenes.—Luchad sin tregua para dis-
poneros a un trabajo cada día más elevado.—
Trabajad concienzudamente en lo que podáis
ejecutar con perfección.—Aprended a conocer
a los hombres por las mejores cualidades que
posean y hacer lo propio con vosotros mis-
mos.—Amad todo conocimiento útil y en pro-
porción a su utilidad.—Mantened siempre vi-
vos en vuestro corazón los sentimientos de sim-
patía, respeto y amor a vuestros semejantes.—
Del corazón salen las grandes resoluciones de
la vida.—Amad e idealizad la vida humana nor-
mal.—Sed amantes de la felicidad doméstica.—

Amad a alguien más que a los demás.—Respe-
tad el plan sagrado de la vida conyugal.—Sen-
tid hondamente la vida y ponderad su signi-
ficación.—Pensad a menudo en los años que
os restan por vivir y en el bienestar de las ge-
neraciones venideras.—Vivid para vuestros con-
temporáneos y para los que de ellos todavía han
de vivir después de vosotros sobre la tierra.—
No miréis atrás sino para fijar bien la aten-
ción en las lecciones de la Historia.—Vivid con-
forme a lo que pide vuestro tiempo pero pen-
sad a menudo en la inmortalidad.—Levantad
vuestro pensamiento a cosas grandes e impere-
cederas, y a la vez humillaos sin repugnancia
a recibir una lección de la hormiga que se arras-
tra a vuestros pies.—Reservad en vuestro co-
razón un lugar para la poesía, la música, la
literatura, el arte, la filosofía, la ciencia, la
religión.—Huid del mal, cualquiera que sea su
clase y falso encanto, no por temor a la ley
sino por amor a la verdad y a la justicia.—Re-
conoced la supremacía de lo mental, moral y
espiritual sobre lo material, inmoral y erróneo.—
Tened fe en la más alta concepción de la vida
que podáis soñar, convencidos de que Dios nos
reserva otra, todavía mejor.—Arrojad de vos-
otros las cadenas de la ignorancia y del egoís-
mo que por espacio de siglos han degradado a
la humanidad.—Amad la rectitud sencilla y evi-
tad la falsa modestia.—Y, sobre todo, *trabajad.*
—Trabajad por amor al trabajo. Trabajad por-
que es ley de Dios, porque hay mil cosas que
deben hacerse y porque así amáis el progreso
de todo lo bueno.—Tratad de hacer cosas que
perpetúen vuestra memoria, pero sin despreciar
el cúmulo inmenso de quehaceres necesarios
aunque transitorios.—Respetad todo trabajo
útil en cualquier parte donde lo halláreis.—Pre-
dicad las excelencias del trabajo la alegría de
ejecutarlo y el carácter casi divino de sus ma-
nifestaciones.—Amad las riquezas como medios
que pueden servir para nobles fines; no bus-
quéis en ellas la vana satisfacción del amor
propio, sino la realización más acabada de ele-
vados designios.—Amaos a vosotros mismos
sólo como a fieles servidores de la elevada mi-
sión que debéis realizar en la vida.—Sabed que
el amor propio es la muerte de toda buena cua-
lidad, mientras no se le hace servir al bien co-
mún.—Evitad lo ruin y mezquino.—Sed ciuda-
dadanos del universo; procurad pensar por
cuenta propia y buscad sobre todo el verdade-
ro camino que conduce desde el deber presen-
te al bien eterno.

Waldo Pondray Warren.

(Extractos de *Ariel*, de *El
Milagro de la Medicina*).

EL GRILLO

Callado el melancólico organillo
de los suburbios, en la calle oscura,
preso en la fina red que le tortura
con áurea voz monotoniza el grillo.

De una luna de otoño el blanco ovillo
se enreda en su minúscula cintura
y en la maraña lánguida perdura
la fantasmagoría de su brillo.

Y perdura también la destemplada
nota de su garganta desolada;
que en lo interior de sórdidas prisiones

o en el misterio de un jardín, proscrito,
busca un sitio ignorado en los rincones
para acuñar el oro de su grito.

Manuel F. Rugeles.

Duelo en Honduras

El 3 del actual falleció en esta ciudad nuestro querido amigo, el doctor y general don Saturnino Medel, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Honduras en Costa Rica.

Fué el extinto un valor de primer orden en la política y las milicias de nuestra patria, en las que figuró desde muy joven en forma prestigiosa y brillante.

Ariel expresa en estas breves líneas su dolor por la desaparición de tan eminente ciudadano.

MADRE DE LUNA Y SOL

En vano intentan las mejores palabras aproximarse a ti en este día de emoción que se anuda. Pobres son las palabras más bellas para bendecirte, miserables las más espléndidas para ensalzarte y las menos sencillas se hacen insignes con sólo pronunciar tu nombre.

Madre en el día claro y en la noche ciega; ojos que ven hasta en la ausencia; labios de luz que me han de besar más allá de la muerte. En la alegría lo mismo que en el llanto; risueña en el humilde regocijo y en la radiosa felicidad; amor sosegado, callado amor, heroico faro que suaviza el ceño de la tempestad.

Madre de luna y sol, jardín y altar, la misma de todos los días, que en la fiesta de tu

pecho gozoso me diste la primera dicha del mundo.

No es suficiente el canto para decir lo que te debo. Fuera preciso hablarte en el mismo idioma en que te hablaba, con ojos trémulos y callados, cuando me quedaba mirándote, y en tu regazo—oyendo el cuento de oro—tenía el alborozo de la bestia feliz.

Presente, tus ojos enamorados me ven; ausente, me ciñen tus miradas. Tu corazón se enciende en la iracunda tiniebla, sin cansarse.

He aquí que estás viva, esbelta como llama, eterna entre las rosas ilustres. Y me rodeas, y te hallas tan cerca, en la intimidad de este día perfecto; y te siento respirar cuando respiro y vienes a visitarme, de puntillas, con sólo pronunciar tu nombre.

Pasan la dicha y la miseria, la esperanza y el rencor, la aurora lúgubre y la noche de miel; todo pasa. Pero tú, dulce ayer, dulcísima mañana, tú no pasas, tú te has quedado para siempre conmigo. Eres el primer recuerdo y serás la última presencia.

¿Qué más, si ya todo te lo he dicho sin decirlo? Te acercas, pulsándome, en el delirio de la fiebre; basta tu sonrisa para que, en el desaliento pueda seguir la marcha; y tu mano sigue siendo estímulo como cuando me ayudabas a dar el primer paso.

Vuelve hacia ti aquel niño y se refugia en ti cada vez que la noche se adensa; y se adormece junto a ti, sin ya querer nada, sin pensar en nada, con sólo oír tu voz, a veces reprimido el llanto, y nunca podrías creer ni dejando de estar juntos, que te he olvidado; porque todavía me quieres y me oprimes, porque jamás he dejado de ser tu niño consentido.

Yo te saludo con las palabras con que granan la espiga y la granada en la fiesta de las grandes dichas y en que el topacio viste la risa dorada de la alondra. Mi amor está suspenso de tu unísono amor, porque es sangre y certidumbre y sonrisas del niño.

Déjame que te mire y te sonrío con las palabras sin sentido que en vano intentan decir lo que te quiero. Cada palabra quiere ser tu poema. Mío es el júbilo desde que me entregaste la llave del tesoro de la vida. ¡Oh sacrificio puro, increíble momento en que la llama se fué encendiendo en mí por obra y gracia tuya! ¡Era el milagro del ser, tu milagro de crear y de entregarte para siempre en su acto sublime de belleza!

¡La vida es bella, madre, muchas gracias! Es bella a pesar del dolor y el horror con que se vive, a pesar de todos los pesares, y tan

sólo por mirar, por oír y por quedarnos ciegos y mudos algún día.

Dame tu mano para ir a través de la inmensa noche y dame tu valor que ha resistido al viento como aroma que triunfa entre los pétalos del alba.

Se alborozaba mi gratitud y no puedo decir lo que te debo: ser voz del verbo innumerable. Me veo en ti como en mágico espejo y me fascino al ver que estás en mí, pues eres dulce fantasma en mis sueños, honda emoción en las palabras que se desesperan.

Todo lo que te diera nada sería comparándolo con lo que me diste y me sigues dando. ¡Muchas gracias!

Rafael Heliodoro Valle.

EL FIN DE LA EMPERATRIZ CARLOTA

Enero de 1927. Un frío terrible. Las llanuras belgas están todas blancas. Una decoración de fin del mundo. Han terminado las tragedias. Ya no hay emperadores. Lo mismo que en México, en Rusia, en Austria y en Alemania sopla el espíritu de Juárez. Va a nacer un universo nuevo. La emperatriz de México, voz caduca de los regímenes abolidos, debe extinguirse ya.

El 18 de enero se le administraron los últimos sacramentos. Su sobrino Alberto, el rey caballero, fué respetuosamente a inclinarse a su cabecera. El 19, a las siete de la mañana, dió el último suspiro. Seguía nevando sin cesar.

Le habían gustado mucho los honores, la pompa, el aparato. Concedieron a sus restos mortales cuanto ella hubiera podido desear. Las Cámaras de diputados y senadores belgas levantaron la sesión en señal de duelo. La corte guardó luto durante diez semanas. En la cámara imperial de Bouchout, transformada en capilla ardiente, expusieron a aquella pobre mujer, tan diferente de la joven emperatriz pintada por Winterhalter; la pusieron en un lecho de roble, cubierto por un alud de rosas y de ciclaminos, coronado por un alto baldaquino azul celeste. Junto a ella veló y rezó su real familia.

Al día siguiente se celebraron sus funerales, que fueron de grandiosa tristeza en su soledad. Un coche fúnebre, empenachado, adornado con un enorme tarjetón con las armas imperiales, se llevó el cadáver de Carlota, a través de las borrascas de nieve, hasta la iglesia parroquial de Meysse. El rey Alberto I iba detrás, con los

príncipes Leopoldo y Carlos, el conde de Mérode, gran mariscal de la corte; el general Hanatiau, ayudante de campo de Su Majestad; el general barón Goffinet, gran maestre de la casa de la emperatriz y el burgomaestre del país. En la pequeña iglesia aguardaban la reina Isabel, las princesas, la duquesa de Vendôme, la princesa Genoveva de Orleans, la condesa de Chaponay... ¿No era una de las últimas princesas de Francia la que desaparecía? Monseñor Van Roey, arzobispo de Malinas, sucesor del ilustre cardenal Mercier, dió la bendición.

Sobre el féretro se leía:

*Su Majestad la Emperatriz
María Carlota Amelia Victoria
Clementina Leopoldina.
Nació en Laeken el 8 de junio de 1840.
Falleció en el castillo de Bouchout
el 19 de enero de 1927.
Viuda de Su Majestad imperial
el Archiduque Maximiliano de Austria,
Emperador de México.*

Al caer bajo las balas de Escobedo, el vencido de México había suspirado: ¡Pobre Carlota! El, que tan poco había reposado junto a ella, había deseado dormir a su lado el sueño eterno. Otra contrariedad, la última de este príncipe irresoluto. Pero la muerte no acercó a estos dos esposos, separados tan pronto en la alegría y en la desgracia. El volvió a Austria, con los Habsburgos. Ella vivió en aquella Bélgica que la había recobrado, cuidado y medido durante sesenta años. El divorcio de ellos fué completo. Aquel desgraciado archiduque, tan indigno de los sueños ambiciosamente místicos de su mujer, estaba, desde hacía más de medio siglo, borrado de su memoria, ausente de sus miradas. Ya lo notaron en Bouchout, donde había muchos retratos, pero no el suyo.

Armand Praviel.

COLECCIONES DE ARIEL

Números 1 al 112 (sin pasta)... ₡ 75
Núms. 1 al 117 (2 tomos empastados) 88

MORAZAN

Un periódico conservador que se publica en Guatemala nos dice lo siguiente:—Entre muy breves días tendrá lugar el primer centenario del nacimiento del General Francisco Morazán. Desde luego suponemos que el Gobierno de la República no tomará parte en los festejos con

que algunos individuos pretenden celebrar aquel suceso. Morazán era enemigo acérrimo de Guatemala, a quien procuró causarle todo el mal posible y humillarla para quitarle su preponderancia en Centro América, lo que jamás pudo lograr, gracias a la constancia y celo con que la defendieron los buenos patriotas guatemaltecos.

Digno de notarse es que, en medio de tantas palabras, no se encuentra más que una verdad. Esta es que ha llegado el centenario del vencedor de Gualcho.

Existe un documento histórico cuyos conceptos revelan que en la Iglesia Parroquial de San Miguel de Tegucigalpa, a 16 de octubre de 1792, don Juan Francisco Márquez, Cura y Vicario, Juez eclesiástico de aquel beneficio, bautizó solemnemente a un niño que nació el 3 de dicho mes, a quien se puso por nombre Juan Francisco, hijo legítimo, y de legítimo matrimonio de don Eusebio Morazán y doña Guadalupe Quesada, de aquella feligresía.

Todas las dudas que se han suscitado sobre el origen del General Morazán desaparecen como la niebla ante la autenticidad de texto tan importante.

Las falsas apreciaciones del periódico conservador a que nos referimos no son nuevas.

Desde el memorable 13 de abril de 1829, en que el partido conservador fué vencido en la plaza de Guatemala, circulan calumnias contra el héroe cuyas sienes ciñó la victoria en aquel venturoso día.

No hay diatriba que no haya sido lanzada con el fin de oscurecer la verdad histórica de uno de los acontecimientos más gloriosos de Centro América.

Esto no sólo acaece entre nosotros. En todas partes donde un pensamiento regenerador se levanta, aparecen adversarios que lo increpan.

La revolución de Francia, triunfante en 1789, ha tenido detractores que sin tregua la han escarnecido; pero aquel grande acontecimiento dominó a sus enemigos, y con asombro del mundo vimos celebrar su primer centenario el 14 de julio de 1889.

En 1830 existían todavía en Guatemala ancianas que habían sido esclavas de aristócratas.

Aquellas infelices mujeres fueron entonces designadas por sus amos para denigrar a Morazán. A ellas les enseñaron estas palabras que se han repetido incesantemente: *Morazán viene a destruir a Guatemala, porque tiene envidia a nuestros templos, a nuestros bellos edificios y a nuestra grandeza.*

Tales personas no conocían la historia. Ig-

noraban cuáles eran los asuntos vitales de Centro América, y sólo juzgaban por lo que más vivamente hería sus ojos.

Los fuegos del combate afirmaron sus creencias, y decían: *Morazán hace fuego a la plaza: luego quiere destruir la ciudad para que los otros Estados vengan a dominar sobre sus ruinas.*

He aquí el criterio de nuestros adversarios. Si él revelara la verdad, el Gobierno, en vez de celebrar en Guatemala el centenario de Morazán, debería izar el pabellón a media asta el día de su nacimiento.

Pero la verdad es otra. Morazán quería la unidad de Centro América mediante el sistema federativo, como la quiso Jackson, como la quiso Lincoln. Quería la grandeza de su patria como Garibaldi, como Cavour.

Un partido deseaba la desunión. Aspiraba a convertir en cinco fracciones el antiguo todo.

Vino una lucha entre unionistas y separatistas, y esta lucha presenta la epopeya de 1827 a 29.

Es una injusticia asegurar que propendía destruir a Guatemala el que solicitaba que su bandera, unida a todas las banderas de Centro América, fuera respetada.

El origen de los partidos unionista y separatista es muy antiguo y muy funesto.

Cuando se hizo la Independencia, el clero y la aristocracia se unieron a México, bajo la corona de Agustín I, porque deseaban títulos de hidalguía.

El partido que pertenecía al pueblo aspiraba a la República bajo las formas democráticas.

Una refida lucha hubo entre los Estados y la aristocracia guatemalteca; esta lucha dió por resultado el triunfo de la República.

Una Asamblea Nacional Constituyente fué instalada. En ella se discutió con acaloramiento la forma de gobierno que debía adoptar Centro América.

Los liberales, que habían sufrido la guerra del Imperio, deseaban crear un Gobierno Federativo para que todos los Estados tuvieran igual valimiento en él y no se repitiera la intontona manárquica.

Los liberales triunfaron y la Federación fué decretada; pero la aristocracia y el clero no se conformaron con aquella forma de gobierno, y le hicieron la guerra sin tregua por medio de incesantes asonadas. Ellos no querían la participación del Gobierno en todos los Estados. Pretendían dominarlo todo como señores feudales.

En 1826 obtuvieron el triunfo que solicita-

ban. El Presidente de la República, Manuel José Arce, se unió a los nobles y al clero, hizo traición a su partido y conculcó la Constitución que había jurado sostener.

Aquel golpe debía cambiar el sistema federativo en unitario, y Arce redujo a prisión al Jefe del Estado de Guatemala, arrojó de la silla al Jefe del Estado de Honduras y revolucionó a El Salvador.

Los salvadoreños lo rechazaron y el Jefe Prado permaneció en el Gobierno.

Morazán tomó parte en el movimiento para sostener la Constitución, y en el cerro de La Trinidad dió a conocer por primera vez el brillo de su espada.

La lucha continuó entre los que habían hollado la Constitución y los hombres que la sostenían, y el General Morazán, marchando de triunfo en triunfo, ocupó la plaza de Guatemala el 13 de abril de 1829.

Una nueva era se abre entonces a nuestros ojos.

El pasado de 1829 no fué el pasado de 1871.

El 71 sólo dejaba 30 años de oscuridad; el 29 salía de una prolongada noche de más de 300 años.

Durante ese lúgubre período, nuestra única guía fueron los monjes, los inquisidores y los jesuitas.

Un momento feliz hubo en que se vió brillar la luz. Fué aquel glorioso instante en que la espada de Napoleón I hizo pedazos el Santo Oficio; pero nuestros conquistadores no pudieron soportar reforma tan radical, y la Inquisición reapareció en España con Fernando VII.

Este era el terreno que se presentaba a Morazán en 1829, y sobre él debía levantar una República al nivel de las ideas del siglo en que vivimos.

La lucha que al efecto se verificó fué incansante, y la transformación pudo operarse sin que sobre el cadalso político corriera una gota de sangre.

He aquí el gran crimen de Morazán a los ojos del partido conservador. Ese partido quería una corona imperial y Morazán la combatía. Ese partido quería que no hubiese nacionalidad centroamericana, y Morazán aspiraba a ella. Ese partido quería que cada uno de los cinco jirones en que habían convertido la República fuera regido autocráticamente, y Morazán anhelaba su unidad y su grandeza.

El fraccionamiento entrañaba las ideas más siniestras contra la independencia e integridad de Centro América.

Se solicitaba que la América Central, frac-

cionada, quedara sujeta al protectorado británico y que la Mosquita extendiera sus alas sobre su territorio.

Durante diez años se ocuparon los periódicos conservadores en el sostenimiento de aquel protectorado.

Los liberales comprendían que del protectorado a la colonia no hay más que un paso, y lo rechazaron con indignación y energía.

Ellos hacían esfuerzos para salvar a la Patria, pero eran inútiles. El genio extraordinario que había levantado con gloria su bandera, ya no existía. La muerte había cerrado sus ojos el 15 de septiembre de 1842, y el conflicto crecía de hora en hora.

Pero la suerte de los pueblos suele encontrar salvadores.

Una luz resplandeciente que procedía del Capitolio de Washington se dejó ver en Guatemala.

El 19 de abril de 1840 se firmó en la capital de los Estados Unidos un tratado que se llama Clayton-Bulwer.

En él se estipula que ni los Estados Unidos ni la Gran Bretaña podrán ejercer protectorado sobre ninguna sección del territorio centroamericano.

Aquel tratado fué un golpe de gracia para los conservadores.

Sus periódicos, que tanto clamaban en favor del protectorado, enmudecieron. No se volvió a mencionar el asunto y las alas de la Mosquita fueron cortadas.

He aquí las ideas del General Morazán en triunfo después de su muerte. He aquí sus pensamientos, he aquí sus patrióticos esfuerzos.

Morazán no fué enemigo de Guatemala, sino del sistema separatista, que ha reducido a la nada el gran poder de Centro América.

El soldado de la Unidad Nacional se levanta hoy de su tumba, y exhibiendo la Historia, demuestra la verdad y pulveriza las calumnias con que sus enemigos intentan manchar su nombre.

1892.

Lorenzo Montúfar.

HEMOS RETROCEDIDO EN NUESTRO CAMINO

Después de todas las ponderaciones de un siglo dedicado especialmente al estudio de las Ciencias naturales, nos hallamos con que hemos de retroceder en nuestro camino para regresar al punto en que se hallan los sabios de todos los tiempos. Examinando las expres-

siones de cada uno de ellos con más detenimiento, podemos descubrir fácilmente que todas ellas vienen a decir una misma cosa: *Soplo divino* (Biblia); *Logos* (Heráclito); *Nous* (Anaxagoras); *Demiurgos* (Platón); *Phisis* (Hipócrates); *Entelequia* (Aristóteles); *Archeus* (Paracelso). La *energía vital* que parecía relegada definitivamente al olvido, ha emergido nuevamente de él en forma de *Impulso vital*, en Bergson; de *Es* en Freud; de *Neovitalismo* en Driesch.

A Laplace (1749 a 1827) se le preguntó en cierta ocasión qué idea tenía de Dios, a lo cual contestó el sabio:

—*Sire, je n'ai besoin de cette hypothèse.*

En la actualidad nos hemos hecho más modestos.

Dr. E. Liek.



JUNIO

Rumor de hojas; temblor de brotes nuevos bajo el arpa sonora de la lluvia; locos giros de penetrante aroma, al reventar, pletóricos, los ocultos nectarios del jardín.

Pasos furtivos sobre la alfombra oscura bajo los árboles fornidos, sobre cuyos troncos añosos atropados con un chal antiguo de lana verde, resbalan hilos de cristal cambiante al copiar fugaz la maravilla del rosal, del macizo de claveles, o el capricho de los geranios recién nacidos en el paredón: hay un instante en que, en su huída semejan serpientes de colores múltiples en vertiginoso descenso. En la rama más alta de un cedro suavemente se

balancea un nido. Cerca, una guaria tardía luce frágil y valiente su ropaje de amatista pálido. Y sobre este gigante cesto policromo, intenso y vivo que es Junio, volcado en el jardín del universo, el sol: abeja inmensa, que generosamente se desmenuza en luz por los ámbitos magníficos del mundo. Con insistencia se prende en el corazón abierto de las margaritas y en el oculto de las *reinas de la noche* para ver mejor la ronda de los luceros y el festival de las luciérnagas sobre el prado y sobre los senderos interminables.

Leticia Rivera.

Julio de 1942.

LECTURA PARA MEDICOS

—Hipócrates fué el primero en rechazar el origen *divino*, o sea *demoníaco* de la epilepsia, reconociendo a ésta como enfermedad corporal. Todo—dice aquel sabio—*es a la vez divino y humano.*

—En la lengua rusa moderna la palabra equivalente a *médico* es *wratsch*—voz que en ruso antiguo equivale a *mag*o.

—Justiniano erigió a los médicos mártires San Cosme y San Damián un templo, al que iban a pasar la noche los enfermos desahuciados por los galenos, y según Gregorio de Tours, aquellos mártires siguieron curando después de su muerte. Se les aparecían a los enfermos y les indicaban los medicamentos más adecuados.

—La farmacopea de los egipcios para la Medicina interna comprendía—según vemos consignado en el papiro *Ebers*—más de setecientos medicamentos, muchos de los cuales estaban preparados con innegable arte. Algunos de los medicamentos allí consignados, como, por ejemplo, el ricino y la raíz de granado, se usan hoy. Además se aplicaba en el tratamiento de las enfermedades la dieta más cuidadosa, el ayuno y el masaje; también la hipnosis era conocida de los egipcios. La higiene popular general puede presentarse como modelo aun para nuestras actuales condiciones de vida. Las prescripciones higiénicas eran tanto más fáciles de ser impuestas cuanto que los médicos-sacerdotes las podían establecer en fórmulas generales de carácter religioso. Herodoto (nacido en el 484 antes de J. C.) dice: —*La Medicina se halla entre ellos* (los egipcios) *tan extendida, que cada uno de los mé-*

dicos se ocupa, únicamente, en una enfermedad y no en varias a la vez. En todas partes hay médicos, unos para los ojos, otros para la cabeza, otros para los dientes, otros para los órganos situados alrededor del vientre, y, finalmente, otros para dolencias internas.

(Extracto de *Ariel. El milagro de la medicina del Dr. Lies.*)

LA EQUITATIVA, C. A.

Jabón, velas y cirios.

Productos manufacturados con materiales puros de la mejor calidad.

Tegucigalpa, D. C., Honduras, Centro América.

LAS VIRGENES EN EL CREPUSCULO

(Traducción de *Ismael Enrique Arciniegas*)

—Nais, de tus anillos no veo los colores.
—Lydé, ni yo los cisnes.—Nais ¿de los pastores no estás oyendo ahora la flauta y los cantares?
—Lydé, di, ¿no percibes aroma de azahares?
—¿Por qué, Nais, empiezo de súbito a temblar cuando en la costa miro que baja el sol al mar?
—Lydé ¿por qué mi alma se angustia y se estremece si los carros lejanos oigo cuando anochece?—
Y ambas, de quince años, y solas y anhelantes, en la obscura terraza de aromas penetrantes sienten sus corazones en lágrimas fundidos; y en un estrecho abrazo sus cabellos unidos, y juntando las bocas que la pasión excita dulcemente sollozan en la noche infinita.

Albert Samain.

CON CANSINOS ASSENS

(Fragmento).

—¿Y Gómez de la Serna—le pregunto—es ultraísta?

—Gómez de la Serna quiere ser ultraísta y dárselas de Anunciador, cuando hace tiempo que desertó. El comenzó escribiendo a la manera de Baroja o Azorín. Además la *greguería*, que él cree de su exclusiva propiedad, es tan vieja como el mundo. (Para probarlo me cita veinte nombres de escritores ingleses, alemanes, polacos, judíos, que hicieron *greguerías*). Yo no leo lo que escribe La Serna—siguió Cansinos, implacable—tiene un estilo plomizo, apelmazado, lento, como trote de burro, monótono e incoloro. Comienza muy bien y luego sigue escribiendo muchos

apartes sin decir nada. Pontifica en el Café Pombo. Dice que Gutiérrez Solana es el primer pintor del mundo nada más que porque pertenece a su camarilla. Además La Serna está furioso desde que le descubrimos las madrigueras. Ya el chileno Huidobro se lo dijo en la cara en el café de Pombo. Casi se pegan.

—¿Pero es que usted no le concede ningún valor a la obra extraordinaria y, para mí, originalísima de La Serna?

—Hombre, no veo arte ninguno en decir tonterías. Es muy fácil escribir como La Serna. Diga usted todas las vaciedades que se le ocurran, las más insulsas, las más sosas, las más nimias. Vaya tomándoles el pulso a las ranas, mire usted volar las moscas, luego describa los zapatos de la barrendera, y se hará usted todos los libros que quiera o la manera de La Serna. Además de que...

Alberto Guillén.

El *Diario Nacional*,

Bogotá, 22 de julio de 1923.

LA SANGRIENTA HISTORIA DE LA ALQUIMIA

Picatoste (*Las frases celebres*, 108) recuerda que la sangrienta historia de la alquimia está llena de frases, que unas veces son bur-las, otras quejas, otras tenacidades prolongadas hasta en el martirio. El que los alquimistas pretendiesen remediar la pobreza, como los astrólogos pretendían cambiar el sino, atrajo sobre ellos una gran cosecha de rechiflas, ultrajes y represalias.

Cuando Aurelio se presentó a León X (que había tenido otrora aficiones de alquimista), y le pidió su protección para el divino arte, el Papa, dándole una bolsa vacía, le dijo:

—A quien hace oro lo que le conviene es una bolsa para guardarlo.

No ha habido hombres más desgraciados que los alquimistas, porque a la persecución constante del saber universitario u oficial, había que agregar, para ellos, la persecución de los poderosos, que les exigían oro. Así, la alquimia llegó a llamarse el *camino del patíbulo y del odio imperial*. Cuando menos producía la eterna pobreza, como quedó consignado en aquella célebre frase:

—*Propter lapidem istam, dilapidavi bona mea.*

Krohnemann fué ahorcado, y sobre su cabeza se puso, en son de mofa, este juego de palabras:

—*Quise fijar el mercurio y me he fijado a mi mismo.*

Borge, condenado al destierro y a la infamia por la bula *Spondes pariter*, murió de hambre en un camino, exclamando:

—*No me sepultarán a mí sino a mi secreto.*

El desgraciado Penot, asaltado por la multitud en un hospital, murió asfixiado y casi destrozado, pronunciando esta última maldición:

—*¡Dios os haga alquimistas!*

Maldición que se cumplió en algunos de los que ayudaron a quitarle la vida, en venganza de no haberles querido comunicar su secreto.

Los alquimistas, en efecto, practicaban aquella división de la ciencia en esotérica y exotérica, que hicieron los sacerdotes egipcios, y que guardaba sólo para los *iniciados* los secretos de la naturaleza y el monopolio de la verdad científica.

Edmundo González-Blanco.

SAN FRANCISCO Y LA NATURALEZA

(Traducción de R. M. Tenio)

En el amor de San Francisco a la naturaleza había una especial predilección hacia todo lo que sirviera de base a su optimismo. Amaba con singular alegría todo lo luminoso, claro y bello: la luz y el fuego, el agua limpia y corriente, las flores y las aves; también ponía un elemento simbólico en su contemplación del mundo: amaba el agua porque significaba la santa penitencia con que son purificadas las almas y porque es instrumento del bautismo. Y la tenía en tal veneración que cuando se lavaba las manos hacía lo en sitios en donde las gotas que cayeran a tierra no fueran después pisadas. Caminaba siempre con especial cuidado sobre peñas y rocas pensando en esa peña simbólica que es llamada piedra angular. A los frailes que cortaban leña en el campo encargábales que dejaran en pie parte del árbol a fin de poder abrigar esperanzas de que reverdeciera en memoria de la Cruz. Decía al jardinero que pusiera las flores en bancales para que crecieran bien rectas, recordando a los frailes el lirio de Sarón.

Pero también sentía hacia la naturaleza puro y profundo amor. El fuego y la llama parecíanle tan bellos que nunca veía con gusto que se extinguiera una luz. En el huerto del convento aparte de las hortalizas, también había de haber plantas olorosas, y las *hermanas flores* debían tener un espacio reservado para que

todo el que considerara su hermosura se sintiera dispuesto a dar gracias a Dios. Tiernamente cuidaba en Greccio de las crías del *hermano petirrojo* y en Sena hizo un nido para los tórtolos. Si encontraba una lombriz de tierra arrastrándose por medio del camino cogía la y la ponía a un lado para evitar que nadie le diera muerte al pisarla; en invierno llevaba miel a las colmenas para alimentar a las abejas. Comprendía a Dios en sus criaturas; al sentir la inmovible firmeza y solidez de las rocas comprendió inmediatamente la fortaleza de Dios.

—*¡Alabado sea el Creador, hermoso faisán!*—decía a una de estas aves que cierto protector suyo le había dado.

Y el faisán andaba siempre con él, no queriendo ir con ningún otro.

—*¡Canta las alabanzas a Dios, hermana cigarra!*—exclamaba al pie de los olivos de la Porciúncula.

Y la hermana cigarra cantó hasta que Francisco le mandó que callara. Con frecuencia le hacían compañía animales silvestres; una liebre, en la isla del lago de Trasimeno; un conejillo en Greccio. En Siena fué rodeado por un rebaño de ovejas...

Pero sobre todo, Francisco estaba agradecido por la creación del sol... Del sol y del fuego. Solía decir:

—*Por las mañanas, cuando el sol se levanta, todos los hombres esperaban alabar al Señor, que lo creó para nuestro bien, pues por él son las cosas visibles. Mas por la tarde, al comenzar la velada, todos los hombres deberían darle gracias por el hermoso fuego que da luz a nuestros ojos durante la noche. Pues todos somos como ciegos, pero Dios nos presta luz por medio de aquellos hermanos nuestros.*

De tal estado de ánimo brotó el *Canto al Sol*.

J. Jorgensen.

EL DURAZNO EN EL PATIO

En el patio de la vieja casona nacional se alza un durazno de secas ramas como una vida crucificada tras la parábola del fruto. Un tiempo sus ramas se cuajaron de redondas y rosadas esferas, llenas de miel; de terciopelo fino era la corteza de los duraznos, y un vello sutil les hacía más suaves a la mano y a la boca. Cuando venían las golondrinas, sus ramas eran como una nevisca de nieve rosa y al pasar los meses que el sol aprovechaba para recibir a fructidor, las ramas se doblaban con el peso de la fruta.

Así fué mucho tiempo. Pero vinieron los tiempos en que el patio de tierra negra que se esponjaba de lluvia fué embaldosado. Y esto fué el primer ataque a su vida; luego sufrió la acometida de largas caravanas de bichos que le roían los tiernos tallos, que devoraban sus flores; y, bajo tierra, le minaron las raíces otras bestezuelas perversas; y así fué que aquel árbol de verdes metálicos, de bíblicas fecundidades que era hangar de mariposas y áncora del pájaro se esclerosó y era ya sólo la escueta y dura voluntad de vivir.

Mas he visto en el mismo patio, sembrado al pie del durazno, un rosal. Han trepado las ramas en ascendente espiral en torno al viejo tronco. Cada rosa es como un pañuelo de perfume que el viento agita. Se ha establecido una solidaridad, una alianza entre el árbol que viene de regreso y el rosal que emprende el camino. Pero hay más noble símbolo: una adolescencia de seda a los pies de una senectud de áspera corteza; una evangélica dación de fragancia y de belleza a una vida en escombros.

El rosal trepador sube en piadosa escala por las ramas del durazno, inocente a su propio destino. El árbol argeñado vive el júbilo de ser vestido con el más bello traje tejido por manos de primavera. Han vuelto las mariposas a flores que no son las suyas, pero que tienen en sus nectarios toda la miel que cabe en una lágrima de gratitud; volvieron las turistas golondrinas contando mil mentiras de países lejanos. Ha vuelto la ilusión de vivir.

Y así, se extiende en el tiempo rosas. Una vida que paga al rosal sosteniéndole; un rosal que entrega su consuelo de aroma y suavidad.

Y por las noches el durazno que agotó la vida siente que a sus ramas altas bajan luces rosas a prenderse como llamas en las secas puntas; y que en su tronco fuerte las rosas se han ceñido amorosas y se quedan dormidas, escuchando la canción de cuna de la savia honda.

Humberto Hernández Cobos.

LIBROS DE FROYLAN TURCIOS
editados en París:

Cuentos del Amor y de la Muerte ₡ 4.00
El Vampiro (novela) 3.00
Páginas del Ayer — 3.00
Flores de Almendro (poesías) 3.00

En la LIBRERÍA ARIEL

60 varas al sur de la capilla del Seminario.

**FRAGMENTO
DE UN DISCURSO**

Nuestra Academia se honra con los nombres de seis presidentes de la república, de algunos de los cuales puede decirse que debieron, en parte a lo menos, su elevación, a su gran prestigio como hombres de letras. Todo esto responde muy bien a uno de los rasgos característicos de nuestra fisonomía nacional. Colombia es una nación literaria. No en el sentido vulgar de que todos sus hijos sean versificadores y repentistas, como se repite en el exterior, unas veces con admiración, otras con cierta ironía; sino en un sentido mucho más alto y que interesa más hondamente a la cultura del país. Es pueblo literario porque ama la lengua y se afana por cultivarla con pureza y elegancia, como elemento sustancial de la nacionalidad. Es pueblo literario porque cree que la corrección y pureza del estilo, no sólo no estorba, sino que da singular realce y mayor fuerza de convicción, aun a cosas extrañas por su naturaleza a la literatura como un alegato forense, un discurso político, una correspondencia epistolar; y porque estima que la poesía, en su genuino sentido, no como vano juego de vocablos, sino como la expresión de los más altos y nobles sentimientos, el amor a Dios, a la patria, a la mujer, es un don celestial, no concedido a todos los pueblos, y que el que lo recibe, debe considerar como la flor más esplendida de su cultura.

Antonio Gómez Restrepo.

**CARTAS DE
PORFIRIO BARBA-JACOB**

III

México, D. F., diciembre 4 de 1940.

Señor don
J. B. Jaramillo Meza

Manizales (Colombia).

Querido poeta y fiel amigo:

Ayer, a mi regreso del campo, recibí tu afectuosa carta del 30 de octubre, carta que tardó un mes en llegar a mis manos. Con ella recibí tu ayuda que nunca sabré agradecerle, y la información completa de cuanto has hecho con escritores y parlamentarios amigos de Colombia a fin de lograr lo que deseamos.

Junto con tu epístola me llegaron tus *Senderos de Otoño* que leí anoche mismo con gran deleite. Has elevado tu inspiración y has afinado tu técnica sorprendentemente. Algunos

de los poemas son perfectos, por ejemplo, el soneto *Al Tequendama*, las *Rimas*, el canto en que evocas a Chocano, a nuestro enorme Chocano, a quien yo todavía estoy debiéndole el homenaje de mi admiración. La prosa también es excelente; algunos de los artículos, de corte periodístico, como el que se refiere a Samper Ortega y a la Biblioteca Nacional, fueron para mí una revelación. Pienso que hay aún mucho que esperar de ti, que has llegado a la edad madura con las potencias equilibradas y todavía con una gran fe y un grande amor a la vida.

De mi situación te doy los siguientes detalles:

El 3 de octubre me fué practicada la operación de la frenisectomía por el Dr. Rébora y el Dr. Cat. A pesar de lo que me habían anunciado, la tal operación duró hora y media, me causó indecibles dolores y una enorme pérdida de sangre. En fin, salí de ella, permanecí algunos días en el hotel mientras cicatrizaba la herida, y luego me marché a una ciudad campesina del Estado de México, llamada Tenancingo. Allí permanecí cuarenta días, hasta que se me agotó el dinerillo que había llevado por deferente donación del Secretario de la Presidencia de la República, Licenciado Leñero.

El regreso a México lo hice contra toda mi voluntad, pues has de saber que esta metrópoli, en, invierno, es inclemente. La temperatura descende algunas veces hasta diez grados bajo cero y hay muchas gentes que mueren de frío. No hay calefacción sino en las mansiones de alto precio, donde por lo menos se puede encender la chimenea. El radiador eléctrico resulta tan caro, que ya no está a mi alcance. Ahora mismo, mientras escribo estas apresuradas líneas, estoy tiritando.

Me preguntarás cómo estoy. He recuperado el apetito y el sueño; he ganado unos tres kilogramos de peso; ha desaparecido la fiebre; pero persiste la tos, así como la fatiga para respirar, que es angustiosísima. Ya puedo levantarme y permanecer en pie la mayor parte del día; mas me resulta imposible hacer ni el menor esfuerzo, pues basta con que me levante bruscamente a cerrar la puerta de la alcoba, por ejemplo, para que me parezca que me va a estallar el corazón.

El médico, aunque me dice palabras optimistas, no cree mucho en que pueda evitarse un desenlace fúnebre a causa de este mal. Lo creo así porque me dijo que cuando me repusiera un poco más, sería necesario hacerme otra operación; sólo que yo no estoy dispuesto a permitirla, pues prefiero morir poco a

poco. Así como así, ESO ha de ocurrir al fin y al cabo...

El día 31 de marzo de 1941 se cumple el año de permiso que me fué concedido por la Cooperativa de *Excelsior*; es decir, hasta ese día soy socio y puedo regresar a mi empleo de editorialista; pero yo estoy convencido de que no tendré fuerzas para reanudar un trabajo tan arduo y premioso; de manera que ignoro lo que vaya a ser de mí. El Ministro Zawadsky me está ayudando un poco, y también ahora el Embajador García Ortiz. Es así como he logrado ir pasando.

Un grupo de amigos luchadores pretende fundar un periódico semanario, más bien con carácter de revista, y me ofrecen la dirección. También ignoro si podré aceptar. De todas maneras, en ese periódico tendré influencia casi decisiva, la cual me propongo emplear con especial empeño en dar a conocer todo lo bueno que se haga en Colombia. Hazlo saber así, recomendando (por si alguien quiere escribirme), que se me dirija la correspondencia a la dirección que ya sabes: Legación de Colombia, Avenida Mariano Escobedo, número 5, de esta ciudad. Dáme la dirección de León de Greiff, la de Rafael Maya y, en fin, de todas aquellas personas a quienes me sería grato enviar el semanario. Si tienes retratos de León y de Rafael, mándamelos.

Si mi salud me permite ponerme al frente de la dirección del periódico—aunque no sea sino por algún tiempo—ello podrá determinar un cambio benéfico en mi situación económica. En el nuevo Gobierno de este país hay algunos amigos míos.

Advierto que te estoy hablando como si tuviera alguna probabilidad de no recaer en mi gravísima dolencia. No hay remedio; natural y figura... Esta ruina de hombre que es hoy Barba-Jacob todavía se da el lujo de ensoñar.

Pongo punto final a esta carta con un respetuoso y afectuoso saludo para doña Blanca, que te servirás hacer extensivo a tus hijos. ¿Cuántos son? ¿Cómo se llaman? ¿Cómo son?

Un afectuoso abrazo de tu amigo que te quiere y te admira,

Porfirio Barba-Jacob.

TEDIO

Sobre las hojas de té va mi pena formando dibujos, y el tedio de esta noche de verano se diluye en las cálidas ráfagas del viento que enreda su manto entre los árboles.

¡Oh, sonrío estúpidamente, porque soy una

pequeña criatura sentada delante de una ventana!

Los patos salvajes estarán ahora entre los juncos, mientras contemplo las palmas de mis manos distraídamente.

¡Qué plácida vida la del pequeño que sonríe ante todo y no medita en las cosas grandes!

Para mí no existe hoy el tiempo. La luna alumbra en la noche quieta y el viento me trae las notas de una música distante...

Hilda Chen Apuy.

Julio, de 1942.

¿QUE ES LA POESIA?

¿Qué es la Poesía, la gran Poesía? No es el ingenioso y pueril aparato de Brewster, no es un caleidoscopio, no es un tubo con espejos inclinados y vidrios de colores que a cada movimiento ofrece a la percepción una nueva simetría más o menos bella; es el reflejo, la síntesis de una época, la soberana y palpitante expresión de las esperanzas y de los recuerdos, de las creencias y de los ensueños, de los odios y de los amores, de las tendencias y de las preocupaciones, de las glorias y de las miserias de un pueblo, de una raza, de una generación; del hombre en un momento histórico.

Rubén Darío.

NIÑOS INTREPIDOS

A fines de julio de 1842 llegaron a Puntarenas tres niños salvadoreños en un bote, procedentes del puerto de La Unión. Se adivina que traían cartas reservadas para el general Morazán, las que sin duda, para mayor seguridad y alejar sospechas, le fueron enviadas por medio de estos chicos, que probaron su intrepidez al emprender semejante viaje en tan débil y peligroso barquichuelo.

Es lástima que ignoremos los nombres de los tres argonautas en miniatura y las peripecias de su odisea. Vinieron seguramente costeados y expuestos a ser detenidos en Nicaragua. Sea lo que fuere, llegaron sanos y salvos a su destino, cumpliendo fielmente su arriesgada comisión, cuya importancia se infiere del hecho de que Morazán juzgase necesario enviar su respuesta sin demora, como lo hizo por medio del general Nicolás Angulo, quien partió de Puntarenas en los primeros días de agosto en el bergantín *Cosmopolita*, armado

en guerra. Morazán dispuso que su mensajero se llevase a los niños y los desembarcara en La Unión y que en compensación de los servicios que habían prestado se les dieran treinta y seis pesos, doce para cada uno de ellos, además del bote en que vinieron u otro equivalente.

Acerca de esta comisión confiada al general Angulo, no hay más datos en nuestros archivos que las copias de dos cartas que le dirigió a Puntarenas el ministro Saravia con fecha 31 de julio, noticiándole que se le remitían las instrucciones de Morazán y 300 pesos para sus gastos.

Angulo no regresó a Costa Rica, y en cuanto al *Cosmopolita*, a fines de septiembre se encontraba de vuelta en Puntarenas, formando con la fragata *Libertadora* y una lancha cañonera la escuadrilla del general Saget, que en octubre quedó reducida a la famosa *Coquimbo*, que era la misma *Libertadora* a la que se bautizó con este nombre cuando fué comprada por el Gobierno de Morazán.

R. Fernández Guardia.

COMPRADOR DE LIBROS: antes de obtener una obra cerciórese bien de que está completa. No exhiba su ignorancia y candidez comprando—atraído por los precios irrisorios—volúmenes que sólo contienen, editados en pésimo papel, la mitad, cuando no una tercera parte de su texto original.

Para ARIEL

UNA HORA

Ligia se puso a mirar el cielo, que era rojo y gris en aquel atardecer de principios de otoño. ¡Faltaba una hora para el toque del ángelus, y ella, desde lo alto de un tercer piso del asilo, contemplando el melancólico paisaje crepuscular, se dió a pensar... ¡Qué de escenas tan diversas, qué de momentos decisivos o anodinos alumbraría el sol en aquellos instantes! Gentes que nacen o que mueren; el novio que se va, quizá para no volver jamás; la esposa que sonríe tejiendo una prenda para el que ha de venir; el desesperado que se suicida creyendo terminar así con sus tormentos; la chica que se apresta a dejar el hogar, alucinada por una quimera; el industrial que de repente se

sabe arruinado, perdiendo así el fruto de toda una vida de trabajo; la dulce novia que se pone a soñar, en el jardín... Los que se encuentran y los que se despiden, los que vuelven y los que se van, los que se sienten desgracados y los que se creen felices... ¿Cómo no se le había ocurrido antes pensar en todo lo que pasaba en el breve espacio de una hora? Una hora de locura que arruinaba por siempre una vida; una hora de sacrificio que redimía, o una hora de esperanza que daba ánimo para seguir adelante, o acaso una hora para despedirse de alguien, de algo, de la vida...

Ligia estaba en plena juventud y en plena belleza. Dos meses escasos hacía que había llegado al asilo, y creyó que pronto se acostumbraría a aquella vida. ¡Oh, las largas noches de insomnio oyendo angustiosos gemidos, y los días más largos aun viendo a sus compañeras martirizadas por el dolor! Y ella, ¿tendría paciencia y fe en Dios y conformidad con los designios de Aquél que sabe el por qué de todo para soportar aquella dura prueba? Temía que no. Sabía que las fuerzas la estaban abandonando. No pudo menos de pensar en el mundo, en todo lo que había tenido que dejar: su familia, la casa blanca con los balcones llenos de geranios, el huerto de naranjos y granados, su novio... Hizo un esfuerzo para no estallar en sollozos. Precisamente hoy, a esta misma hora, de no haber sido por su mal, se estaría casando, en la capilla llena de luces y de flores.

Debajo de la ventana a la que se asomaba Ligia, había un alegre revuelo de palomas blancas. Algunas pasaban, raudas, muy cerca de ella, en graciosos giros. Ligia tendió las manos queriendo asir alguna, pero en seguida las retiró: estaba prohibido tocar esas aveci-llas.

Recordaba cuando estuvo enferma en su casa. Desde hacía algún tiempo se sentía debilitada, pero no creía que estuviera enferma de veras. Los médicos, al principio, no sospechaban su mal, creyendo que se trataba de malestares pasajeros. Luego la aislaron... y después supo la verdad. Al saberla, sintió algo inexplicable, una sensación de vacío, de miedo, de horror. Vió perderse para siempre, para siempre, todas sus ilusiones y todas sus esperanzas, y sintió la soledad en el alma. Sin embargo, tuvo fuerzas para aparentar serenidad. Casi sonriente se despidió de todos sus amores, y marchó al asilo...

Y habían pasado dos meses. Dos meses de pesadilla y desesperación. Empero, aparentemente estaba sana; su mal permanecía oculto,

al menos hasta ese día.

Las campanas de la capilla del asilo empezaron a tocar el ángelus. El sol se estaba ocultando en el horizonte y una suave brisa venía desde el huerto, en tanto que describían giros, como de alguna danza ritual, las blancas palomas que de repente huyeron asustadas, al ver cómo una forma blanca cual una enorme paloma descendía en vertiginosa caída desde el tercer piso del Asilo de Leprosos.

Julio 1942

Myriam Francis.

LA PRIMERA NOCHE DE BODAS DE BYRON

Lord Byron recibió, al siguiente día de su matrimonio, una carta de Davis, preguntándole cómo había pasado su primera noche de bodas.

—A eso de las cuatro de la mañana—respondióle el poeta—me desperté. El fuego de la chimenea iluminaba los rojos cortinajes de mi lecho. Me creí en el infierno. Tanteando a mi costado, comprobé que la cosa era peor aún, recordando que estaba casado.

MORAZAN

(Traducción de Arturo Martínez Galindo).

Francisco Morazán—conocido jefe del Partido Liberal—fué en todos respectos el hombre más grande del país. Este líder nació por el año de 1792 en Honduras. Su padre era nativo de Puerto Rico y su madre una dama de Tegucigalpa. Sus ascendientes procedían de Córdoba y se dice que esto le enorgullecía. En su juventud se distinguió por su activa inteligencia y su carácter impulsivo; su talento le ganó muy pronto una posición prominente en los negocios de su Estado. Cuando contaba solamente veinticinco años fué designado Secretario General y poco después Gobernador de Honduras. En los catorce años que sucedieron a su primera victoria su carrera fué señalada por su singular actividad y saber y por una invariable humanidad en la guerra, antes desconocida en la sangrienta historia de Centro América. Se ha dicho que reunía a sus cualidades de legislador y capitán, un trato franco y caballeresco que infundía en sus soldados la confianza de la victoria. Sus tropas, animadas por su personal arrojo, le amaban y le seguían con sentimiento cercano a la idolatría. Las numerosas tribus de Texíguat, con

escasa excepción, le entregaron sus destinos; algunas de ellas formaban su celosa y fiel guardia personal, llamándole con el afectuoso nombre de Tío y siguiéndole arduamente, extenuados y hambrientos en sus arduas, empresas.

William W. Wells.

(Historia Sketch
of Central America).

BUFETE DURÓN

Law office.

Tegucigalpa, Honduras, C. A.

Prosas del Ayer

HORA INICIAL*

Me desperté a la primera hora de la madrugada. Los gallos cantaban, tristemente, en las lejanías. Una plancha de bronce oprimió mi corazón. Inmóvil, presa de una extraña angustia, permanecí largo rato en la obscuridad.

Lívidos amaneceres de los días de viaje; minuto amargo de las despedidas; dolor de los abrazos y brillo de las lágrimas ¡cuán tristes sois para las almas intensas!

Perdíase en la distancia el revolver de los blancos pañuelos que dicen adiós; sentía aún sobre el rostro la humedad del llanto de los queridos seres familiares y en mis oídos sus postreras palabras; veía perderse en el horizonte la línea de la amada ciudad que guarda lo que en mi vida ha quedado de ilusión.

Todo parecíame un sueño indeciso, todo revestíase ante mí con una forma fantástica, como si vagara fuera del mundo.

Era la hora inicial de un largo viaje. Partía hacia remotísimas tierras. Iba a admirar nuevos horizontes, a encender mis pupilas en extraordinarios espectáculos, a penetrarme de la cultura contemporánea, a sentir la palpitación del progreso humano en las cosmópolis del universo.

Cumplíase un ardiente anhelo de mi ánima insaciable. Pero en lo arcano de mi espíritu y de mi fantasía reinaban lúgubres tinieblas. En vano procuré mostrarles el fulgor de una visión fascinante. Fueron inútiles las quimeras de los espejismos y de los sueños ambiciosos.

...Y al partir el vapor en la negra medianoche todo era silencio en mi alma.

Froylán Turcios.

* Publicado en el Ateneo de Honduras con mi pseudónimo *Armand Groussac*.

BEETHOVEN, DIRECTOR DE ORQUESTA

Escribió un admirador suyo:

—Está como en una remota isla y dirige el vuelo de sus obscuras y demoníacas armonías en el mundo de los hombres con los más raros movimientos. Cuando quiere que el sonido mengüe, casi se arrodilla, extendiendo el brazo sobre el suelo. Para ordenar el vigor y la fuerza se incorpora de repente, como un cuerpo elástico súbitamente lanzado al aire, y se estira cuan largo es, separando desafortadamente sus brazos alargados. Entre estas dos disposiciones tan extremas se mueve sin cesar, tan pronto erguido, tan pronto equivocado.

**EL SUEGRO
DE ALFREDO DE VIGNY**

Alfredo de Vigny encontró en Pau a una joven inglesa—la señorita Lydia Bunbury—con quien se casó en 1829.

El padre de la joven, viejo tres o cuatro veces millonario, no había creído poder oponerse a un matrimonio que su hija quería seriamente. Los padres ingleses, bien diferentes en lo que a esto respecta de los nuestros, tienen este prejuicio singular de no atreverse a substituir con su voluntad la de sus hijos cuando estos se casan. Dan como motivo de esta comprometedor condescendencia el que se casan para ellos y no para sus padres. M. Bunbury consintió, pues, en que Vigny se convirtiera en su yerno; pero no pudo tener fuerzas para estimar a un hijo político que hacía versos. Poco le importaba el hombre; no veía más que al poeta, monstruoso, horroroso. La idea de que un poeta había entrado en su familia revolvióle la sangre. Sus sueños hacíanle ver un animal espantoso sentado en su hogar. Mister Bunbury era inglés; viajó para alejar esta odiosa obsesión; dejó de ser padre y no fué más que turista. El cielo de Italia dióle el reposo con el olvido de su yerno a tal punto que, un día, hallándose en Florencia, en un banquete, sentado al lado de Lamartine, entonces embajador, dirigió estas palabras a su ilustre vecino:

—Señor, usted que es poeta debe conocer a los poetas de su país.

Habiéndole respondido Lamartine que, en efecto, conocía a muchos,

— Es— agregó mister Bunbury—que mi hija

se ha casado con uno de ellos.

Mas, cuando fué preciso nombrar a su yerno, el suegro hizo algunos esfuerzos de memoria y no pudo hallar una sílaba del nombre que buscaba.

Lamartine citó a muchos de sus ilustres camaradas y el nombre de Alfredo de Vigny pronto subióle a los labios.

—¡Vigny! Es quien precisamente se ha casado con mi hija—interrumpió el inglés.

Se había acordado de su yerno. Más tarde volvió a acordarse de él para desheredarlo.

La esposa de Alfredo de Vigny débil y enfermiza, costó a su esposo continuos sacrificios de tiempo y de inquietud. El velaba asiduamente a su lado. Fué siempre su enfermero; y no abandonó estos penosos cuidados sino cuando ella murió.

Madame de Vigny merece este elogio: jamás hizo hablar de ella.

Anatole France.

EL CAMINO DE LA FORTUNA

1º—Nacer sin un centavo.

2º—Trabajar sin descanso y economizar desde el principio.

3º—Examinar sus libros y hacer diariamente el balance de sus cuentas.

4º—Obrar con rapidez y decisión.

5º—Saber siempre lo que se desea.

Carnegie.

La **LIBRERIA ARIEL** remitirá inmediatamente los libros que se le soliciten de las provincias o repúblicas vecinas, previo el envío de su valor y el del porte postal.

PARTICULAS DE ORO

—La hipocresía es la librea de las almas serviles.

—La divinidad actúa en lo vivo.—Goethe.

—Si tomamos a la Naturaleza por guía jamás nos apartaremos del buen camino.—Cicerón.

—La humanidad avanza sin cesar, pero el hombre permanece siempre el mismo.—Goethe.

—Es la fuerza de la familia la que ha crea-

do la fuerza y la grandeza de la patria.—Michelet.

—Lo mejor que puede hacer una mujer es conservarse en el interior de su casa.—Eurípides.

ORACION DE LA MAESTRA

Señor, mi oración es sencilla. Fluye suave ternura hecha ruego vehemente del fondo de mis ansias.

Un día, Ya hace siglos... *dejad que los pequeños vengan a mí*—dijiste. Era tu voz alada plena de amor y de gracia.

—Señor, yo cogí un lirio; me floreció en las manos. Y otra vez el milagro de tu voz tramontana vibró serena y grave sobre la tarde diáfana.

Oí el ruego secreto. Tomé la ruta amplia. Modelo entre mis manos cabecitas tempranas, tiernas como capullos, como azucenas blancas... ¡Señor, que por la senda que pasan esas almas vaya humilde la mía; humilde y mansa!

Leticia Rivera.

Versos del Ayer

TIRANO AMOR

Amor que es un tirano me retiene con tenaz inquietud en cárcel dura; pero a todo mi espíritu se aviene si el premio de mi afán es tu hermosura.

Pensativa ilusión, tu imagen viene cándida y triste entre la noche oscura; mas no será posible que serene tu fantasma de amor mi desventura.

Aun te miro sonriendo en la distancia y me parece que tu voz me nombra y perfuma mi sueño tu fragancia...

Si tardas, Lydia, partiré sin verte, y de mi amor sólo hallarás la sombra en la región de la terrible muerte.

Froylán Turcios.

LA ELOCUENCIA RELIGIOSA EN EL REINADO DE LUIS XIV

La elocuencia religiosa pasa a ser en Francia, en el reinado de Luis XIV, un género literario. Un público culto y delicado exigía del predicador, no sólo patetismo y unción, sino razonamientos, nobleza y gusto. Por lo demás, este género, hecho único, no dejó de

ser puramente oral, con escasas excepciones, para sus contemporáneos: ninguno de los predicadores ha publicado sus sermones en vida; sólo la posteridad ha podido leerlos. El P. Bourdaloue (1632-1704), jesuita, aventajó a todos en cuanto al magnífico éxito que alcanzaron sus sermones, de los que se han conservado ochenta y cinco, predicados entre 1670 y 1693. Fléchier (1632-1710, predicó en París de 1670 a 1685 y fué más tarde obispo de Nimes. Nos ha dejado numerosos sermones y siete *Oraciones fúnebres*. Mascaron (1634-1703), del Oratorio, dejó *Oraciones fúnebres* llenas de fuerza y movimiento. Massillon (1663-1742), meridional como Flechier y Mascaron, fué oratoriano, profesor y predicó con el mejor éxito en París y ante la Corte, de 1698 a 1719. Quedan de él cien sermones, diez de los cuales, particularmente célebres, constituyen la *Petit Carême* (1718). Su estilo de rara armonía ha sido considerado como modelo de prosa oratoria.

Paul Van Tieghem.

Esperamos que las revistas y periódicos que reproduzcan los textos de *Ariel*, indiquen su procedencia. Esto lo creemos de justicia, pues nos irroga mucho trabajo la esmerada labor de selección.

MORAZAN Y LOS LOCALISTAS GUATEMALTECOS

Para juzgar a ciertos hombres, como a ciertos monumentos, hay que colocarse en un punto de mira determinado.

Mal papel narian bajo el cielo de Atica las pirámides de Egipto, que necesitan, para destacarse majestuosas, de la inmensidad del desierto y de la luz de oro de los trópicos.

Transportad el Parthenón a las Marcas de Brandeburgo, estériles, sombreadas casi siempre por nubes plomizas, y tratad de rendir culto a la diosa que en marfil y oro esculpió el gran Fidias, y de seguro que el labio quedará mudo, que el exámetro no bullirá en la mente y que no hallaréis ni la verbena olorosa ni el tirso simbólico, ni el eco de la dulce plegaria para ofrecerlos a los pies de la divinidad helénica.

Y lo que pasa con los monumentos, estética-

mente considerados, pasa también con los hombres.

Yo no comprendo a Cervantes en Suecia, por ejemplo, ni a Hans Sachs en Madrid. Genios risueños ambos, son intransportables del suelo que les dió la savia de la vida. Son hijos de su raza y a la vez símbolos de su pueblo y su edad.

Pues eso que pasa con los hombres de letras suele suceder con ciertos personajes políticos.

Allí tenéis a Francisco Morazán, calificado como enemigo de Guatemala por algunos políticos miopes que no conocen al grande hombre sino por las consejas que su abuelas les contaron en la infancia, describiéndoles a su manera la invasión del año 1829; y elevado a la categoría de héroe y mártir por los que creemos que no se debe juzgar a nuestros hombres públicos con el criterio estrecho con que acostumbra hacerlo el partido conservador de Guatemala.

A lo que nos puede conducir el sistema de nuestros políticos localistas, es a que, por no reconocer entre los nuestros a Morazán, nos quedemos sin Valle, sin Larreinaga, sin nuestro insigne Pepe Batres, nacido en San Salvador.

Hubiera oído eso el gran Barrundia, y habría estallado en santas iras. Nosotros carecemos del estro tempestuoso del famoso tribuno, y nos contentamos con exhibir a los hombres del pasado tales cuales son, aunque se encuentren encarnados en una nueva generación que se dice pensadora y que pretende conocer su época; aunque, en realidad de verdad, tiene todas las preocupaciones y todas las niopías de espíritu de sus maestros, los políticos que prefirieron a Cartera y fusilaron a Morazán.

Para nosotros, el héroe de Gualcho es, antes que todo y sobre todo, una figura centroamericana. Nació en una época prolífica de grandes hombres en el mundo, y se alimentó en los pechos de la hermosa Patria robusta, que nosotros no conocimos, pero por la cual suspiramos.

Peleó contra los nobles a favor del pueblo de Guatemala.

Trajo la guerra de las provincias para libertarnos de nuestros señores, encastillados en esta capital como en el último baluarte que quedaba a los soberbios criollos españolizados.

Batió en los campos de batalla, cuyos nombres se han hecho inmortales, a las huestes de Arzú, Aycinena y Domínguez, que representan en el drama de nuestras guerras primeras, el mismo papel que las de Murillo y Boves en Sur América, y tomó por asalto la plaza fuerte en que, como nido de buhos, se hallaban bien contentas todas aquellas familias que componían lo que

se llamó nobleza de Guatemala.

¿Estáis vosotros por los Beltranena, los Córdova, los Piélagos? Sea... Nosotros estamos por la civilización, por la libertad y por el pueblo.

Se fueron los frailes, se fué el Arzobispo, se fueron los nobles, y se quedó el pueblo, que había hecho la Independencia, que la había impuesto a fuerza de sus clamores, que sostuvo después a Morazán, a Barrundia y a Gálvez, para llevar a cabo sus leyes de reforma y que engendró la generación liberal que cincuenta años más tarde haría la revolución de 1871, hija de aquella, heredera, por tanto, de sus doctrinas.

Ese es el pecado de Morazán. Los que le atacan, no atreviéndose a descubrirse contra las ideas liberales, quieren coigarle sus antipatías, el sambenito de no haber nacido en Guatemala, para hacerlo odioso a este pueblo.

Y estas cosas sólo se ven entre nosotros.

¡Bonita andaría la Historia, con que los peruanos negasen los merecimientos de Bolívar, su libertador, porque no había nacido en las riberas del Rimac, porque sus huestes heroicas traspasaron sus fronteras llevando el pánico y la derrota a los españoles y sus paniaguados de la ciudad de los Reyes!

¡Lucido papel haría el Ecuador queriendo cercenar la gloria del gran caudillo porque la gran Colombia no exista más, como entidad geográfica!

Pues ese es el papel que están haciendo los conservadores de Guatemala.

Hecha jirones nuestra Patria, víctima de la tironía durante largos años, pareciera que a algunos de sus hijos no les quedara aliento ni para comprender los grandes hechos del pasado, que sus ideales fueran rastreando por el suelo y que no tuvieran fuerzas para levantarse a las alturas de la crítica histórica desapasionada y severa.

Encerrados en su antro tenebroso, no salen a la luz sino para maidecir de ella. Bien hallados en su suerte, quieren la paz y sosiego de las tumbas. Cuando se desesperan y se restregan los ojos no alcanzan a ver más allá de su nariz.

Uno de los sabios de su escuela se atrevió un día a emprender paseo hasta lo que se llamaba entonces Garita de Buena Vista. Vió por vez primera la llanura en que hoy se encuentra Tívoli, que por entonces era un desierto, y no pudo menos de exclamar: *Qué grande es el mundo.*

Así son sus discípulos del día. Para ellos la Patria termina en las riberas del Paz. Más allá comienza la tierra extranjera...

Morazán es una gloria nacional, pese a quien pese. Y por eso ha hecho bien el pueblo ilustrado

de Guatemala en hacer suya la fiesta con que se celebra el glorioso centenario de su nacimiento.

Ramón A. Salazar.

1892.

Emitiremos un breve juicio sobre los libros que nos remitan sus autores o las casas editoriales.

UN ESBOZO Y UN PREAMBULO

Le conocí en un café. Llegó con Abel Salazar, un verdadero poeta, que en un certamen acababa de ganar un lauro, y que me pareció un adolescente y disfrazado emir, que no llevaba en la gallarda testa el rico turbante, con la media luna tachonada de pedrería.

¡Chema! La afectuosa designación del procer bardo moro, referíase a su singular compañero.

Esbelto y delgado. Cabellera riza, que sobre la cuadrada frente culminaba como un borbotón de orgullo. Rostro imberbe, anguloso, romano y como tallado en mármol a martillo y cincel, por un artista de fuertes concepciones y férricas manos. Mirada que caía de pardos ojos, cargados de ensueño, y con repentinos relámpagos de espada blandida en una sombra trágica. Labios finos, que vertían frases platerescas, que me recordaban —no sé por qué— las originales columnas de un grabado que contemplé con sorpresa: el de un túmulo destinado a exornar el eterno descanso de la primera esposa del monarca español Carlos II. Penacho —imperceptible a la profana ceguera— y que, en un silencio de ufanía, me gritaba genio consciente y fe segura. Tal entonces el eminente orador.

Aquel aguilucho devoraba literatura francesa. Hostraba por ella el encanto de una gentilidad del pueblo, apasionada de la lujosa y suprema elegancia, y extática presencia de una guarcarrería de emperatriz. Y no. ¡Aquiles nutría-se con médulas de leones! El extraordinario mancebo y yo sentímonos atraídos, como por una gravitación: la de dos masas sidéreas, que constituyen un sistema binario, y giran en torno de una centro común.

Hallé al joven en visitas que hice a la Redacción de *El Debate*, como a un círculo que faltó a la fantasmagoría dantesca: el de las llamas de ira y los resplandores de gloria. El mozo dictaba

artículos; y cada escrito se me figuraba un extraño huerto, con mágicas rosas, abiertas como frescas bocas de mujeres bonitas: un campo de plantas floridas, por donde súbitamente un jaguar de sedosa y pintada felpa brincaba rugiendo.

Oí luego perorar, en la Cámara de Diputados, a mi excepcional amigo, cuya palabra se me antojó pasar a la sazón por la escuela de Demóstenes, cuando el inmenso ateniense apostrofaba olas bravías y masculaba correctivos diamantes.

El tiempo anduvo. Y en una ocasión escuché, en la misma Asamblea, un chorro de cláusulas, admirables de belleza de forma y esencia. Un hombre hablaba, soberbio de actividad. Voz un poco sorda, pero metálica, que tenía resonancias de campana de bronce golpeada por un badajo de oro. Prodigiosos de elocuencia el ademán y el gesto, que decían antes que el acento, capaz de rajar almas de granito y corazones de pedernal.

Ya Lozano resultaba un gigante. El verbo, precioso y pulido, surgía como de mística hondura: venía como del antro profético. El tribuno loaba cadáveres políticos. Honraba maravillosamente a muertos. ¡Y rememoré a Pericles en el Cerámico, y a Miguel Angel en el Pantenón de los Médicis.

E haciendo varón tomó, en la campaña contra el maderismo, parte principal. Y, aun en las más tempestuosas sesiones del Cuerpo Legislativo distinguióse por la fineza y el primor de expresión. ¡Un degal de terciopelo con bordaduras de filigrana, ahogaba un régimen de ilusión: el gobierno de la locura!

El brillante miembro del gabiente pronunció recientemente en Xochimilco un estupendo discurso, vindicativo y fastuoso, que brotaba de la justicia y la gratitud heridas. ¡El grupo de Laocoonte saliendo de la excavación y luchando con las serpientes! Y el autor del famoso brindis pugnaba y vencía: no sucumbió, tras hórrida y estéril brega, como el protagonista de la fábula que inspiró la incomparable escritura. Y no el amor paternal, sino un cariño como filial, lidió y prevaleció en el banquete de agasajo.

Y el triunfador apeló a un sepulcro. A una

tumba que contó a un sauce, lo que el árbol a una ave, lo que el pájaro a una nube, lo que el celaje a un astro, lo que la estrella a Dios.

Y lo que publicaremos a los siglos, para contribuir a descargar de una sangrienta o inmerecida responsabilidad a un enviado de la Proviencia: a un héroe que con recia diestra empuña la enseña de la dignidad y la esperanza de la Patria.

Salvador Díaz Mirón.

LORENZO MONTUFAR

Afirma Mendieta que el unionista de Guatemala, El Salvador, Honduras o Nicaragua que llega al poder (y llegar al poder es atrapar un puesto público aunque sea de séptima categoría), es hombre perdido para la causa de la nacionalidad. Esto es verdad en un ciento uno por ciento. En cambio, el unionista costarricense puede soportar todas las pruebas, incluso la de la presidencia de la República, y continúa firme en sus convicciones nacionalistas. Los brillantes ejemplos de González Viquez, Astúa Aguilar, Julio Acosta y Alejandro Alvarado Quirós, confirman superabundantemente nuestro aserto. Es decir, aunque esto resulte un tanto paradójico, que la región con más legítima fama de separatista produce los centroamericanistas más resueltos y consistentes.

Lo que acontece en Costa Rica con respecto al ideal unionista sucede en Guatemala en lo que se refiere a la personalidad egregia de Francisco Morazán, que es juzgado al través de un criterio de prejuicios localistas o de partido, el símbolo más rico en contenido ideológico de toda elevada tendencia hacia la Patria Grande. En la tierra del quetzal Morazán es un ente excomulgado. Hablar de él con encomio constituye un imperdonable sacrilegio, una verdadera blasfemia, algo así como alabar a Voltaire en el seno de la asociación de caballeros adoradores del Santísimo. Este criterio, desde luego, obedece a cierta lógica. El liberalismo guatemalteco es una cosa superpuesta. El país es liberal porque es liberal el ejército, y éste, con espaciadas y cortas alternativas, ha venido gobernando desde el 71. Pero la estructura mental guatemalteca es eminentemente reaccionaria, sobre todo en la capital, que es la que gobierna intelectualmente toda la región. Viviendo en Guatemala sin ser guatemalteco se da una exacta cuenta de la obra portentosa que tuvo que realizar Justo Rufino Barrios en este país. El título de Reformador resulta una recompensa muy pobre para las ener-

A precios más bajos que los de cualquiera otra librería encontrará las obras que desee en la **LIBRERIA ARIEL.**

Dirección: 80 varas al sur de la Capilla del Seminario, frente a la residencia del padre Kern.

gías que desplegó aquel coloso al sustituir las instituciones monásticas, con raigambre de siglos, por instituciones liberales avanzadas. Si no fuera el liberalismo tradicional de la institución armada, Guatemala sería, a estas horas, un monasterio. Contemplando así las cosas, se comprende con claridad meridiana la misión indeclinable que la ha correspondido al ejército en el progreso institucional de la república.

Es semejante medio donde el fanatismo religioso se enseñoorea aún en la mayoría de las conciencias. Salir a la palestra a defender al enemigo público número uno de las ideas superstitiosas y de sus principales corifeos, viene siendo una hazaña ante la cual las del Cid Campeador resultan excesivamente pueriles. Hay que convenir en que ese fanatismo, comparándolo con el de hace cincuenta años, que fué, poco más o menos, cuando se celebró el centenario del nacimiento de Morazán y cuando tuvo lugar la famosa polémica con Mencos Franco, se ha reducido a la mitad. Sin embargo, en ese entonces un grupo de guatemaltecos eminentes, encabezados por el doctor Lorenzo Montúfar, sin duda alguna la mentalidad istmeña más destacada de la época y el que realizó la más brillante exposición apodéctica del liberalismo en Centro América, libraron verdaderas batallas periodísticas en defensa de Morazán, a quien consideraban como el más ilustre representante del credo liberal centroamericano y el más esforzado paladín de la tendencia nacionalista.

Cuando Montúfar entró en lisa con los escritores reaccionarios, capitaneados por Mencos Franco, que impugnaban al esclarecido caudillo unionista, el apóstol del liberalismo era un hombre ya vencido por los años y por la intensa lucha que había desarrollado durante toda su vida en defensa de sus principios. Sin embargo, su réplica fué gallarda. Adolecía, es verdad, de falta de brillantez, debido acaso a su muy avanzada ancianidad. El contrincante, en cambio, poseía mayor agilidad mental, menores escrúpulos para valerse de recursos abogadiles y, sobre todo, un coro más numeroso de gente que participaba de sus mismas preocupaciones. La galería, integrada por elementos fanáticos o de inteligencia rudimentaria, quedó en la creencia de que Mencos, portavoz de las tendencias tradicionalistas, había vencido al patriarca de los principios liberales. Todo porque la estatua del gran caudillo no se levantó en el parque que lleva su nombre. A pesar de ello, el tiempo y los hechos vendrán a demostrar, en forma determinativa, que Mon-

túfar poseía toda la verdad. Esa misma pugna y por análogos motivos se desarrolló en la antigua Grecia, entre Sócrates y Aristófanes. Los contemporáneos le dieron la razón a Aristófanes, que defendía el localismo y la tradición; pero la posteridad se la ha dado a Sócrates, que fué el primer ciudadano del mundo, y no se la quitará jamás.

Toda la vida de Montúfar fué una constante veneración al insigne caudillo de la nacionalidad. Cuando Morazán sucumbe en San José de Costa Rica, asesinado por las turbas fanatizadas, el patriarca del liberalismo centroamericano escribe en su *Reseña Histórica* esta frase lapidaria:—*Se apagó el sol de los libros.*

Ni antes ni ahora hemos conocido morazanista más ferviente que don Lorenzo Montúfar. Por eso hemos afirmado, en otro de nuestros comentarios, que Guatemala, cuna del patriarca, es la región centroamericana que ha producido los más entusiastas y sinceros admiradores del Héroe Máximo. Otros testimonios lo confirmarán.

Adolfo Pérez Menéndez.

Guatemala, junio de 1942.

EL DOLOR DE DANTON

Era el 20 de febrero de 1793. Sentado en la silla de posta galopaba Danton furiosamente por el camino de París, gritando los postillones: —¡Place! ¡Place! ¡C'es le citoyen Danton! a los vehículos más lentos que amenazaban estorbar al paso.

Temblaba Danton y no sólo a causa del intenso frío. Una inmensa desesperación le atenazaba; una desesperación que le hacía odiar al universo entero. Su existencia se había hundido; estaba en ruinas. ¿Qué importaba que hubiera salvado a Francia? ¿Qué valor tenían ahora los meses que había pasado en la Bélgica revolucionaria, forzándola a unirse con la revolucionaria Francia, aquellos meses turbulentos de pillaje y libertinaje desenfrenados, todo permitido a los revolucionarios ante cuyo nombre temblaba todo el mundo? Especialmente amargo era el recuerdo de los últimos quince días, cuando de regreso en Bélgica después de su escapada a París para votar la muerte del rey, había intensificado la orgía, gozando sin freno de su buen éxito. Bélgica, aterrada por bandas de *sans culottes*, dispuesta a votar su propia anexión; él mismo apropiándose con avaricia todo lo que caía en sus manos, oro plata, ricas telas o mujeres. Las alborotadas

cenas en que desgredadas bellezas habían cantado la *Carmagnole* antes de rendirse a sus abrazos de borracho. ¡Cuánto se había reído entonces él, que seguramente no se volvería a reír!

¡Pues su mujer, Gabrielle, estaba muerta! Se repetía a sí mismo las palabras, incapaz aun de darles crédito:—¡Gabrielle ha muerto! Un correo le había traído el mensaje desde París. Había muerto el diez de febrero. Hubiera aniquilado a todas aquellas mujeres que veía desde las ventanillas de la silla de posta riendo y paseando a lo largo del camino. ¿Qué derecho tenían ellas a vivir estando muerta Gabrielle?

Quizá pudiera verla aún antes de que la enterrasen. Una y otra vez gritaba a los postillones ordenándoles que no perdonasen caballo. fulminando terribles amenazas contra ellos. El carruaje rodaba sobre el pavimento, saltando y chocando. Los cascos de los caballos al galope producían un enloquecedor martilleo. ¡Maldita lentitud! ¡Por fin! Estaban ya en la barrera de St. Denis y patriotas con andrajosos uniformes y escarapelas tricolores corrieron con sus largos mosquetes a detener el vehículo.

—¡C'est le citoyen Dantón!

Le dejaron pasar.

A galope tendido siguieron por las calles de París; los peatones huyendo asustados de su camino y los comerciantes asomándose con curiosidad a las puertas de sus tiendas. Maldecía Dantón la normalidad de aquella vida que se burlaba de su desastre. Todo pasaba ante sus ojos como un sueño desprovisto de vida verdadera: las iglesias cubiertas de patrióticos emblemas, ciudadanos riendo y hablando en los cafés, un regimiento con su banda, ¡*Allons, enfants de la Patrie!* Una multitud del pueblo bajo bailando y cantando la *Carmagnole* alrededor de un árbol de la Libertad. Saltando y botando pasó el coche por encima del Puente Nuevo, pasó el Palacio de Justicia, donde él había ejercido en otro tiempo como abogado, el Café del Parmaso, donde la regordeta y linda Gabrielle se había sonrojado detrás del mostrador ante sus exuberantes demostraciones de amor. Volando subió por la Rue des Cordeliers. Sacó la cabeza por la ventana.

—¡Alto! ¡Alto, bribones! ¡Es aquí!

Saltó del coche, entró corriendo en el portal, se lanzó escaleras arriba. Aun a sí mismo se parecía loco en aquel momento. Debía volverla a ver; no podía haberse ido para siempre. Llegó a su puerta. Estaba cerrada y cubierta de grandes sellos rojos. Aporreó la madera con violencia, aunque era evidente que la casa estaba vacía y sellada hasta su vuelta. Nadie con-

testó. Nadie. Nadie. Sin embargo, juraría que la oía venir corriendo a abrirle. Nadie.

Bajó a ciegas las escaleras. Los vecinos le rodearon compasivos y conmovidos por el dolor de aquel gigante.

—¡Gabrielle! ¡Gabrielle! ¿En dónde estás?

Le contestaron con timidez:

—La enterraron el día 12, ciudadano Dantón. Hace ocho días.

—¡Debo verla! ¡La verá otra vez! ¡La verá!

Como un animal herido, pesado y enorme, avanzó casi a tientas hacia la silla de postas que le esperaba, las lágrimas cayendo por su cara de grotesca fealdad, corroída y desfigurada por viruelas y cicatrices. Le abrieron paso. Gritó una orden a los postillones y otra vez se alejó como un relámpago.

Nada era posible para su voluntad formidable y aterradora. Nadie se atrevió a oponerse. Estaba ahora de pie junto a la sepultura que los enterradores abrían, a su lado el escultor que había mandado llamar. Era un sueño, un sueño repugnante. Sacaron el ataúd y alzaron la tapa. Contempló la cara que en su inmovilidad de piedra era, y ya no era, Gabrielle.

Mientras el escultor preparaba su escayola, y tomaba la mascarilla que le había ordenado, él de rodillas al lado del ataúd balbuceaba sollozando frases incoherentes de arrepentimiento y amor.

—¡Gabrielle! ¡*Ma Gabrielle adoree!* ¡Nunca he amado a nadie más que a ti!

No le importaba lo que pensasen de él y de su angustia. El era Dantón y tenía derecho a lamentarse como mejor le pareciese.

Todo había acabado. La mascarilla estaba tomada y habían vuelto a bajar el ataúd. La tierra volvía a cubrir todo lo que a él le importaba en el mundo. Otra vez se hallaba en el vacío departamento del Cour du Commerce. Amigos compasivos le rodeaban, dándole explicaciones y contándole anécdotas de sus últimos momentos.

—La han matado los girondines—dijo uno de ellos. La hicieron creer que tú eres el único responsable de las matanzas de septiembre.

¡Los girondinos! Bien sabía él que le odiaban y que le calumniaban, ¡a él, que había salvado el país! por sus cuentas de cuando fué ministro! ¡Aquella víbora de madame Rolland, celosa de la felicidad de todas las demás mujeres! ¡Se las pagarían! ¡Los aplastaría!

F. Britten Austin.

(Extracto de ARIEL de *La bandera roja*).